



FBI



R

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 17.762-1968

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bleisa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Asesinos eléctricos

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

SE oyó el susurro de la mujer:

—¿Qué hora es, Reynolds?

Reynolds consultó su reloj de pulsera.

—Faltan cinco minutos para las seis —respondió. La mujer se removió en el interior del coche. Miró hacia la otra cuneta de la carretera, viendo a Pomeroy, bien oculto entre una rala vegetación, mortecina, recubierta de polvillo gris, procedente de las industrias enclavadas en aquella zona, al norte de Bronx, ya en las afueras, en Boston Road.

El coche estaba detenido en una curva con cruce, sin luz alguna, cuando ya empezaba a necesitarlas. Podía decirse en realidad que el coche estaba agazapado. Era un «Mercury» negro, lleno de polvo, bastante usado.

Joan Forbes miró hacia su izquierda. A cosa de dos millas podían verse, por la elevación del nivel en aquel tramo de carretera, todas las naves y dependencias que formaban el complejo industrial de la «Chemical International Co.». Se trabajaba en la industria, por lo cual todas sus naves y dependencias administrativas tenían las luces encendidas, proporcionando una nota luminosa que dejaba visible la bruma compuesta casi totalmente por humo y polvillo. Mirando hacia la derecha, Joan apenas podía ver otra cosa que el principio de la curva con cruce, aunque detrás, y abajo, estaba Bronx, sus líneas de luces, irregulares la mayoría. Todo quedaba un poco lejano..., aunque tal vez a esa impresión contribuía no poco el silencio de la carretera secundaria que conducía a la «Chemical International Co.».

—¿Qué hora es, Reynolds?

Reynolds miró a Joan.

—Tranquilízate, ¿quieres? Faltan dos minutos para las seis. No te preocupes hasta que Pomeroy haga la señal.

—Está bien... Ésta es nuestra operación más importante, Reynolds. Supongo que te has dado cuenta —dijo Joan.

—La anterior fue más difícil y salió bien.

—No me refiero a dificultades, sino a importancia... Me expresaré mejor: ésta es la más productiva.

—Eso es cierto. Pero aun así, por favor, domina los nervios.

—Lo procuraré. Es... la impaciencia de la espera. Luego, actuando, el nerviosismo pasa. Ya nos vamos conociendo, ¿no?

—Sí. Calla. Falta un minuto.

Joan calló.

Su mirada estaba fija en Pomeroy. Éste, como Reynolds, y ella misma, llevaban vestidos de cuero, con refuerzos de otro material. Cuero oscuro. Sus siluetas, en la oscuridad, eran apenas visibles. Cada uno tenía su automática, aunque hasta el momento no las habían utilizado, y aquélla era su tercera operación. Joan sonrió levemente en las sombras. Era todo tan extraño..., tan increíble...

Seguía mirando a Pomeroy, y mentalmente estaba siguiendo los movimientos de un dedo sobre un mapa del cruce de aquellas dos carreteras, y la palabra seca de un hombre. Dentro de unos segundos sabrían si se había producido algún fallo.

Empezó en aquel instante a percibirse el zumbido de un motor. Dos segundos más tarde, Pomeroy realizaba la señal, y Joan musitaba:

—Exacto. ¿No es maravilloso, Reynolds?

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Apéate.

—Sí...

Joan abrió la portezuela del coche y saltó al exterior; luego empuñó la automática con la diestra enguantada, al igual que la mano izquierda, con negros guantes de un brillo tenue, sucio, oscuro. Un instante más tarde, Joan, como una sombra inmóvil, con su tres cuartos de cuero, al igual que las botas altas de tacón bajo, y pantalones, desapareció entre la vegetación seca y polvorienta de la cuneta cuando los faros de un vehículo lanzaban la luz larga hacia el cruce con curva.

Joan miró hacia donde debía estar Pomeroy. No le vio, pero estaba. Tenía que estar. Y ya fijó su atención en la furgoneta que

rodaba hacia la curva, a prudente velocidad, dando luz larga y corta a intervalos muy rápidos.

Joan respiró hondo cuando oyó el zumbido del motor del coche en que estaba Reynolds, el «Mercury» negro, que arrancó de pronto, tomando la curva, con lo cual el «Mercury» y la furgoneta, por unos segundos, se encontraron de frente justo en el cruce. Por unos instantes pareció que algo iría mal y se produciría el choque no previsto; pero Reynolds sabía lo que hacía. Dominó el coche y frenó bruscamente, mientras que el conductor de la furgoneta se limitó a frenar, clavando el vehículo a un pie del «Mercury».

Tras los estridentes chirridos de los frenazos se produjo un corto silencio. Apenas tres segundos, hasta que Reynolds se apeó del coche. Se abrió también la portezuela de la furgoneta, y un hombre, de los tres que iban en la cabina, se apeó.

—¿Ha ocurrido algo ma...?

Se interrumpió de pronto. La automática que empuñaba Reynolds le produjo de súbito una bola en la garganta. En la cabina, los otros dos notaron algo raro, e iban a apearse cuando una nueva sombra, esta vez Pomeroy, llegaba junto a ellos con su pistola.

—Apéense, de acuerdo —dijo—; pero sin armas.

Y, por último, fue Joan la que hizo su aparición, como una sombra más, de largo y liso cabello negro y bello rostro.

Los tres hombres quedaron junto a la furgoneta, amenazados por Reynolds, Pomeroy y Joan, la cual, en vista de que la situación estaba dominada, había guardado la automática y se estaba quitando el guante de la mano izquierda sin prisas, con una tranquilidad que contrastaba visiblemente con su nerviosismo de poco antes.

Reynolds se dirigió al conductor de la furgoneta.

—¿Dónde tienen el dinero? —inquirió.

—Oigan..., se meten en un lío... Ese dinero es una liquidación del Gobierno por unos suministros de la «Chemical International»... ¿No lo entienden?

—Es usted quien no entiende —dijo Reynolds secamente—. Puesto que el Gobierno ha efectuado el pago, el dinero es de ustedes. No robamos nada al Gobierno. Por otra parte, le aseguro que eso importaría poco. Cada uno tendrá lo que necesita; nosotros, esos doscientos cincuenta mil dólares; el Gobierno, sus potingues,

fibras y medicamentos para la guerra. Y ustedes... Bueno, ¿qué importan ustedes?

—Insisto: no saben lo que hacen...

—No podemos perder mucho tiempo —atajó Reynolds.

—Bien... Tengo la llave de la puerta trasera de la furgoneta en un bolsillo. El dinero está en una cartera. ¿Puedo meter la mano en el bolsillo?

—Vamos a hacer mejor las cosas. Los tres vuélvanse de cara a la furgoneta. Avancen un poco, alcen las manos y péguenlas a la carrocería. Eso es... No se muevan. Pomeroy.

Pomeroy avanzó.

—Que te diga en qué bolsillo tiene la llave.

—En el derecho —dijo el conductor—. Pero ¿de dónde salen ustedes? Se les identificará fácilmente...

—¿Usted cree? ¿Encontraste la llave, Pomeroy?

—Aquí está.

—Abre y toma el dinero. Date prisa.

En silencio, Pomeroy fue hacia la parte trasera de la furgoneta. Mientras abría la puerta buscaba por el interior, Joan se mantenía en un plano discreto. Dentro de unos instantes actuaría ella. Era curioso, increíble, sí, el modo en que había cambiado su vida en poco tiempo... Un cambio total en todo. Ni ella misma sospechó nunca la sangre fría que podía albergar en sus venas...

Apareció Pomeroy con la cartera. La abrió.

—Bien, Reynolds —dijo.

—De acuerdo. Tú, Joan.

Joan se acercó a la furgoneta. Los tres hombres habían vuelto el rostro y la miraban. Si hasta el momento no parecían haber tomado muy en serio todo aquello, la inquietud, el miedo incluso, se reflejó con toda claridad en cada rostro al ver los ojos oscuros de Joan, completamente transformados, con un brillo duro, inhumano. Joan llegó junto a la carrocería de la furgoneta; sonrió, provocando escalofríos, brotes de sudor en aquellos tres hombres.

No entendían nada de todos modos. ¿Qué se proponía aquella mujer?

Joan, impasible, alzó su mano izquierda sin guante, pero, a pesar de lo cual sólo eran visibles las dos primeras falanges de cada dedo, exceptuado el pulgar. La mano de Joan tocó la carrocería; la

tocó casi suavemente, sin ejercer presión alguna; simplemente, puso la mano sobre el metal. Y en aquel mismo instante se produjeron, casi simultáneos, tres gritos; tres gritos bruscamente cortados; segada la vibración de terror de aquellas gargantas. Y, como fulminados, los tres hombres cayeron al suelo cuando Joan retiró la mano.

Joan se miraba la mano como encantada. Sonreía a aquellos dedos perfectos, sonrosados, tan lindos...

Mientras Joan se extasiaba con su mano, Reynolds y Pomeroy examinaban aquellos cuerpos. Reynolds, por fin, dijo:

—Pues no creo que puedan identificarnos, aunque lo más probable es que algún día nos encontremos en el infierno. Vamos, rápido.

Los dos hombres y Joan se internaron por el descampado, dejando allí el «Mercury». Era robado. Y estaban seguros de no haber dejado en el coche la menor huella. ¿Quién iba a identificarles?

Caminaron rápidamente campo a través, en dirección a Boston Road, mucho más transitada que la secundaria. Las luces eran casi una sucesión continua en Boston Road. Las blancas de los faros y las rojas de los pilotos. Los rugidos de los motores eran ya claramente perceptibles y la densa circulación les devolvía a su mundo, a una seguridad del anonimato. Tardaron diez minutos en llegar a un bosquecillo situado a la izquierda de Boston Road, para lo cual tuvieron que atravesar la calzada, en un momento oportuno. Allí, en el bosquecillo, había una camioneta y un pequeño bólido oscuro, biplaza, ocultos entre los pinos.

—Hay que darse prisa —insistió Reynolds—. Cuanto antes salgamos de la zona, tanto mejor. Hay que cambiarse inmediatamente.

Se separaron unas yardas. La que primero sufrió cierta transformación fue Joan. Le bastó quitarse el chaquetón de cuero, y sobre el peto de cuero que llevaba ponerse un bonito jersey amarillo rabioso. Luego se puso un pañuelo de vivos colores a la cabeza, y de nuevo el chaquetón; parecía más joven, más bonita...

—Yo ya estoy lista —dijo sin mirar a Reynolds ni a Pomeroy—. Voy para allá, como de costumbre.

—Cuidado, Joan. No hace falta volar, ¿de acuerdo? Un estúpido

accidente, por pequeño que sea...

—Descuida. Hasta luego.

Joan se metió en la biplaza y antes de poner el motor en marcha se sintió muy satisfecha de poder encender un cigarrillo y fumar con toda calma. Un instante más tarde, sólo visible parte del jersey amarillo y el pañuelo de vivos colores en la cabeza, la guapa Joan salía del bosquecillo, alcanzando Boston Road. Tomó dirección Sur, hacia Nueva York.

Los tres hombres estaban sentados en una estancia de una de las muchas tiendas de Essex Street, esquina a East Houston Street. Una calle repleta de tiendas y trastiendas, de hoteles, de restaurantes; todo abigarrado, espeso, como recluso en la estrecha calle, húmeda, con la neblina actuando de capa, de obstáculo, a sólo quince o veinte yardas de distancia.

Los tres hombres procuraban mantener el rostro sereno; pero el tiempo corría en contra; a cada minuto aparecía una arruga, una contracción, un espasmo nervioso, involuntario... El cenicero estaba repleto de colillas; se habían bebido unos vasos de *whisky*. La atmósfera de aquella estancia, normalmente limpia, casi acogedora, bien amueblada, se espesaba más y más.

—Las nueve y cuarenta y cinco minutos —dijo Pomeroy—. Algo ha tenido que ocurrirle a Joan.

—Tenemos que seguir esperando —dijo el hombre que estaba sentado tras el escritorio, antiguo, sólido, de líneas elegantes—. Las precipitaciones no conducen a nada. De todos modos, vosotros os podéis marchar. Ya tenéis vuestra parte, ¿no? Cincuenta mil dólares cada uno. Yo esperaré aquí a Joan para saber lo ocurrido y entregarle sus cincuenta mil. No es prudente que hagamos averiguaciones ni es conveniente que perdamos la serenidad.

Reynolds, mirando a aquel hombre, dijo:

—No estoy de acuerdo, míster Sanders. Si algo le ha ocurrido a Joan, hay que averiguar con la máxima urgencia de qué se trata. Si existen dificultades, hay que conocerlas; no basta con ocultar la cabeza. Hay que poner a salvo todo el cuerpo. Yo no pienso salir de aquí hasta saber algo concreto de Joan.

—¿Y cómo vamos a comunicar con ella sin despertar sospechas o celos, Reynolds? —inquirió míster Sanders.

—Se llama por teléfono a su casa.

—Oh, bien...

—Míster Sanders: usted es inteligente; más que nosotros. Y en ciertos aspectos es genial. No vamos a discutir eso. Pero hay cosas simples, de naturaleza tan sencilla, que se escapan a los genios —gruñó Reynolds—. Se llama por teléfono a casa de Joan; si no es ella quien se pone es que no está. ¿De acuerdo? Si se pone otra persona, con colgar el teléfono, listo. Se puede incluso dar una excusa: número equivocado...

—Todo está bien, querido Reynolds. Pero me pregunto por qué razón ha de estar Joan en su casa.

—Por algo hemos de empezar a hacer averiguaciones, ¿no? En cuanto a la lógica de las mujeres, es cosa aparte.

Míster Sanders, un hombre de cabello gris, barba bien recortada, ojos oscuros e impecablemente vestido, miró a Pomeroy.

—¿Estás de acuerdo, Pomeroy? —inquirió.

—En lo que respecta a no salir de aquí hasta saber lo ocurrido con Joan, sí. Y... no creo que se pierda gran cosa efectuando esa llamada telefónica. Míster Sanders sonrió.

—Como queráis. En verdad..., cincuenta mil dólares es una estimable cantidad, y pudiera ser que Joan, para recibirlos, haya dedicado unos minutos a sus ritos: empolvase la nariz, perfumarse, arreglarse el peinado... En fin, no importa. Llamaré.

La ironía de Sanders no hizo mella en Pomeroy y Reynolds, cuyo aspecto estaba bastante cambiado sin sus vestidos de cuero. Ambos en aquellos momentos vestían corrientemente, traje, gabardina..., un tanto raídas las prendas, rozados los cuellos de la camisa e incluso el nudo de las respectivas corbatas. Pomeroy era más joven que Reynolds, y la mirada de sus ojos azules era ansiosa; estaba flaco y tenía bolsas bajo los ojos. Parecía un hombre débil. En cuanto a Reynolds, era bajo y fornido; pelo y ceño muy negros y ojos grises, de párpados algo hinchados. Evidentemente, su aspecto no era muy saludable ni próspero. Todo lo contrario que el de míster Sanders, quien estaba efectuando la llamada, con una escéptica sonrisa en sus labios, semiocultos entre la barba y el bigote canos.

Contestaban al teléfono:

—¿Quién llama? —inquirió una voz agria, destemplada.

—Me he equivocado, señora. Le ruego disculpe.

Y míster Sanders colgó.

Tendió la diestra hacia su caja de tabaco, extrajo un cigarro y lo encendió. Luego, sus ojos oscuros miraron a los otros dos hombres.

—Nuestro primer intento ha fracasado —dijo sencillamente.

—Sin embargo..., ¿por qué no probamos en hospitales, en centros de socorro...? Un accidente, pongamos por caso...

—No, no... Lo siento, Reynolds, pero no. Supongamos que ha sido un accidente. Supongamos, asimismo, que está muerta, o simplemente conmocionada, desvanecida. En cualquier hospital o centro de socorro habrán visto ya demasiado. Si nosotros nos interesamos por ella, ligarán cabos. No podemos hacernos visibles, ¿comprendéis? Si está muerta es, en parte, una buena solución. Si no lo está..., quizás las dificultades se acumulen.

—Será peor, insisto, si no hacemos nada...

—Por favor, Reynolds —atajó míster Sanders—. Sé muy bien lo que quieres decir. Y... tiene razón. Si dentro de un tiempo prudencial no hemos sabido de Joan, tendremos que ocultarnos, desaparecer. Por lo menos en tanto sepamos, quizá por los periódicos, si ha sido un accidente y si vive o ha muerto. Si es esto último, podremos reunirnos nuevamente. Si vive después del accidente, no nos hagamos ilusiones: hablará. Por tanto, esperaremos un poco, y luego, a desaparecer.

Reynolds, con la mano izquierda, se introdujo un cigarrillo entre los labios; se volvió hacia Pomeroy.

—¿Quieres encenderme? —inquirió.

Pomeroy lo hizo en silencio.

—¿De acuerdo? —inquirió míster Sanders.

—Hasta ahora todo ha salido bien —musitó Reynolds—. Y lo ha dirigido usted. Es de esperar que no falle en momentos difíciles.

Sanders sonrió.

—Agradezco la confianza —dijo—. Ahora..., a esperar simplemente.

Fumaron y bebieron moderadamente, siempre silenciosos, cruzándose miradas de preocupación.

—Las once menos cinco —dijo Pomeroy hablando por primera vez después de mucho rato.

—¿Y si pusiéramos la radio? —inquirió Reynolds—. El boletín

de noticias puede, tal vez, ayudarnos... Si ha ocurrido un accidente, ya debe estar en las mesas informativas.

—No es mala idea —dijo Sanders.

Y el tipo extrajo un transistor de un cajón de su escritorio. Lo dejó sobre la mesa y lo puso en marcha, manipulando con los diales, hasta dar con la emisora prevista. Durante la siguiente media hora estuvieron escuchando noticias y música, alternativamente, sin mención alguna con respecto a Joan Forbes. Tampoco hablaron del robo de los doscientos cincuenta mil dólares, quizás por haber radiado la noticia en boletines anteriores o por haber sido censurada momentáneamente por la Policía.

Y la impaciencia era ya muy notoria en aquella estancia.

II

CADA día, a las once de la noche, Jerry Norweck cerraba la tapa del piano, lo cual indicaba que su actuación en el «Reno's», situado en la calle 4, esquina a Broadway, finalizaba. A partir de esa hora la gente ya había cenado y prefería bailar con música de guitarras eléctricas y baterías. Luego, un espectáculo arrevistado... A Jerry Norweck no le interesaba nada de eso, y tan pronto finalizaba su actuación, abandonaba el local.

Luego, caminando, se iba a la calle St. John, donde tenía un modesto apartamento, con las piezas indispensables. Jerry era un muchacho delgado, casi enfermizo, con melena de artista y melancólicos ojos azules. Vestía traje oscuro, camisa blanca y pajarita; un tres cuartos de pana color verde, nuevo, ampliaba un poco sus espaldas.

Aquella noche, Jerry no tenía por qué variar sus costumbres. Del club, a casa. En el frigorífico tenía algo de comida. Cenaba, veía un poco de televisión si le agradaba el programa, y si no, se acostaba, con lápiz y pentagrama, y se dedicaba a componer. Algún día se interpretarían sus canciones... ¿Por qué no?

Estaba ya frente a la puerta de su piso abriendo. Encendió la luz del vestíbulo, se quitó el chaquetón de pana y lo colgó cuidadosamente; algún día, prendas como aquélla las compraría al contado...

Luego frunció el ceño. No debía ser tan descuidado, puesto que la luz costaba cara y se había dejado encendida la de la salita. Fue hacia allá. Sin meterse en la estancia, alargó una mano hacia el interruptor. Quedó quieto, con la mano en el aire y una expresión de incontenible sorpresa, mirando hacia el sofá donde muchas

noches se dormía aburrido de sus propias absurdas composiciones musicales. El sofá estaba ocupado. Lo ocupaba una mujer vestida con cuero negro y una sonrisa más negra que el cuero. La única nota de color era el jersey amarillo, visible en parte debajo del tres cuartos de cuero.

—Joan... —musitó Jerry con acento de profundo asombro.

Joan amplió su sonrisa, muy tétrica, en opinión de Jerry.

—No es la primera vez que estoy en tu casa, querido —dijo—. Claro que de la última... ha transcurrido algún tiempo, ¿eh?

—Bien...

—Sigue, sigue... Me interesa lo que tengas que decir, Jerry. Y hasta es posible que tengas preparada una excusa convincente. Y, por favor, siéntate. Aquí, a mi lado. Se te ve cansado, Jerry querido... ¿No te van bien las cosas en el «Reno's»?

No, claro... Aquello no es para ti. Tú deberías ser el pianista de la Sinfónica de Filadelfia cuando menos... ¡Siéntate!

Jerry, empezando a reaccionar, se sentó junto a Joan, observándola detenidamente.

Meneaba la cabeza, incrédulo.

—Has cambiado mucho, Joan —musitó—. Total, en tres meses...

—Tres largos siglos, Jerry. Pero, en fin, se ha producido el cambio, en efecto.

—¿A qué has venido, Joan?

Joan fingió sorpresa.

—Soy tu novia, ¿no? Me adorabas, según tú. Hemos pasado momentos inolvidables en este piso..., si llegar nunca demasiado lejos. Tú sabes que soy una chica decente, Jerry. Aunque a veces... Bueno, eso no puede confesarlo una mujer. Eres tan débil, Jerry, tan romántico..., con ésa melancolía en tus ojos... Tus palabras..., todo mentiras, claro... Tu cobardía, la repugnancia que sientes hacia lo incompleto..., como yo desde hace tres meses. Desde entonces te doy asco.

—Joan, no...

—No te molestes en negarlo. Eres embustero, cobarde y débil. A pesar de eso, me enamoré de ti y tú de mí. Todo iba bien. Entre los dos ganábamos lo suficiente en el

«Reno's»

para poder vivir decentemente. Y entonces sobreviene el accidente: pierdo una mano... ¿Pero la ves en su sitio ahora? Ya ves, querido..., una mano no significa gran cosa; se coloca otra en su lugar, y asunto solucionado. Pero te inspiró horror la idea de casarte con una mujer que en lugar de mano izquierda tuviera sólo un muñón. Te daba asco. A ti, tan impresionable... Estuve más de un mes en el hospital, y... ¿cuántas veces estuviste a visitarme? Oh, me cansé de verte... con el pensamiento, cariño.

—Es... es cierto que me dolía verte...

—No, no... Cuidado, Jerry: no te dolía por lo que pudiera significar para mí la pérdida de la mano. Te dolía por ti mismo. Sin embargo, por lo visto, te costó muy poco tomar la decisión de olvidarme, de abandonarme; a mí, a tu adorada novia; a la mujer que iba a casarse contigo en el primer momento favorable.

Jerry se humedeció los labios.

Realmente, la situación le incomodaba de veras.

—Joan..., si me conoces, tienes que perdonarme.

—¿Por qué? ¿Crees que yo te hubiera abandonado a ti?

—Tal vez no...

—Sin el tal vez, Jerry. Yo no te hubiese abandonado. Yo no te hubiese roto sin miramiento, sin compasión... Sí, sin compasión, Jerry; por lo menos, eso. Yo te habría seguido queriendo... Tú, no. Y has estado tres meses sin verme, negándote a verme... Estas paredes, Jerry, si pudieran hablar, te sonrojarían de vergüenza y de asco... Pero esta vez de asco hacia ti mismo.

—Es posible que tengas razón, Joan... —dijo débilmente Jerry—. No... no puedo soportarlo... ¿Y qué quieres de mí ahora, Joan? Si es dinero... Por más que no pareces necesitarlo. Vistes de un modo extraño, pero esas prendas son caras...

—Me las han pagado, Jerry —sonrió Joan.

—¿Te las... han pagado...?

—Sí. ¿Qué te ocurre? Oh, vamos, ya sé lo que piensas. Pero estás en un tremendo error. Me gustaría contarte mis actividades durante el último mes y medio, pero no tengo tiempo, Jerry. Me están esperando... Deben estar muy impacientes además. En fin, Jerry: vas a morir. Tú no mereces seguir viviendo, arrastrando tu miserable vida, tu debilidad, tu cobardía...

Jerry tenía los ojos muy abiertos en aquellos momentos.

—¿Te has vuelto loca, Joan? —musitó.

—Tal vez. No sería tan sorprendente; motivos, al menos, no me faltan. Una juventud, un amor, una vida con grandes ilusiones..., todo repentinamente truncado por un accidente que... ni siquiera tenía tanta importancia. Pierdo el amor, las ilusiones y casi la juventud... Porque tú lo has querido.

—Joan, yo... Si me dejaras intentar...

—¿Tienes miedo? Claro, miedo. Mucho miedo.

—Joan, no hables así... Y vete. Vete ahora. Tengo que reflexionar y...

—No. No voy a dejarte, Jerry. Durante tres meses has tenido tiempo, pero te ha repugnado pensar. Has perdido la oportunidad. Yo, Jerry, tengo un poder enorme, increíble; cosa de un genio, o casi. Un poder que ni siquiera imaginas...

Jerry sintió un súbito terror al mirar las oscuras pupilas de Joan; terriblemente brillantes, pero sin nada en el fondo; sólo un brillo tremendo y duro.

—No te comprendo, Joan... Y hablas de mi muerte...

—Sí.

Jerry iba a ponerse en pie, pero Joan dijo:

—No te muevas, Jerry. Quiero mostrarte algo.

Él la miró a los ojos. Luego, a los labios. Los labios de Joan, bien dibujados, pero mucho más rígidos que tres meses antes, cuando sus besos eran tan agradables... Seguía siendo hermosa, pero con aquel vestuario, con aquel brillo en sus ojos, plegada la boca...

—No te molestes, Joan —musitó Jerry—. No me enseñes...

—No te dará asco, te lo aseguro.

Sin prisas, con una sonrisa como maravillada, Joan se quitó el guante de la mano izquierda, dejando al descubierto los dedos, sólo las dos últimas falanges de cada uno, excepto el pulgar, enfundado en aquella especie de mitón agujereado.

—Fíjate, Jerry, ¿no es maravilloso? Muevo los dedos como si nada.

—Es... es sorprendente...

—¿Sí, verdad?

—Lo es... Ahora, Joan...

—Ahora, Jerry, vas a morir. No puedo perdonarte.

—Pero... ¿qué haces...?

—Una última caricia antes de que mueras...

La mano izquierda de Joan se acercaba al rostro de Jerry, quien permanecía quieto, aterrado por aquella mujer. Aquellos dedos, sin duda de material plástico, se acercaban a su rostro. Y, claro, Joan bromeaba. ¿Cómo iba a matarle? Sólo quería asquearle un poco más, obligarle a mostrar toda su debilidad... Luego, probablemente, Joan se echara a llorar. Era la reacción más lógica de la novia abandonada... Y le pediría que la siguiera amando...

Por fin, los dedos de Joan llegaron al rostro de Jerry. Joan ni siquiera miraba al muchacho; sólo miraba sus maravillosos dedos. Y tan pronto aquellos dedos tocaron el rostro de Jerry, éste se contorsionó bruscamente, con un grito ronco y ahogado en su garganta. Un instante después caía sobre el sofá, y de allí al suelo.

Joan, sentada aún, empezó a ponerse el guante. Miraba al muerto con absoluta frialdad.

—Ahora, Jerry, ya no me importa que no me ames —musitó—. El amor de los muertos nada significa... Adiós, querido.

Joan se puso en pie.

Miró en torno. No había una sola huella.

Luego salió del piso y poco después estaba en la calle caminando; dos manzanas a la izquierda estaba aparcado su coche. Se metió en él y lo puso en marcha.

—¡Joan, por fin...! —exclamó Reynolds al ver a Joan sonriente.

—Lamento haberme retrasado —dijo.

—Pasa de una vez.

Joan penetró en la oscura trastienda y caminó detrás de Reynolds hacia la estancia en que estaban Pomeroy y míster Sanders. Una estancia de atmósfera muy pesada, con mucho humo... Pomeroy estaba demacrado por el nerviosismo, y míster Sanders se limitó a suspirar.

—Joan..., casi no te perdono —dijo míster Sanders.

—Lo lamento, míster Sanders... No creí que mi retraso fuese tan importante.

—Temíamos lo peor. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada... Me detuve a orillas del East River a solas y ni siquiera tenía noción del tiempo transcurrido. Me entretuve viendo pasar barcos y «*ferrys*»... Y pensando...

—Todo eso me parece muy bien, Joan. Que te distraigas y que

pienses. Todo perfecto. Pero... con una particularidad: todo eso debes hacerlo en otros momentos más oportunos. Cuando se está operando hay que obedecer en todo. No sois mis esclavos, Joan; pero por vosotros mismos y por mí hay que sujetarse a las instrucciones de un modo absoluto. De haber llegado puntualmente hubieses tenido mucho más tiempo para ir luego a la orilla del río y ver los barcos y pensar...

Joan inclinó la cabeza.

—Perdone, míster Sanders —musitó.

—Está bien... ¿Seguro que no ha habido contratiempos?

—Oh, no... Por mí, todo fue estupendamente.

—De acuerdo. Ahí tienes tus cincuenta mil dólares. Os pago bien, ¿no? Yo, cien mil, y cada uno de vosotros, la mitad que yo.

—Sí, sí... Está muy bien, míster Sanders.

Joan alargó las manos, tomando el dinero. ¡Cincuenta mil dólares...! Con lo que tenía de otras operaciones, podía considerarse propietaria de una pequeña fortuna...

Míster Sanders miró a Pomeroy y a Reynolds.

—Vosotros ya os podéis marchar —dijo.

Reynolds se puso en pie.

Fue hacia un rincón y con la mano izquierda tomó una muleta, con la que se acercó a Pomeroy.

Pomeroy se apoyó en la muleta y se puso en pie, dejando visible el vacío de su pierna izquierda ausente.

—Ya os avisaré cuando os necesite —dijo míster Sanders.

—De acuerdo. Buenas noches, míster Sanders. Hasta la vista, Joan.

Y se marchaban.

El

«toc-toc»

de la muleta...

La manga derecha de la gabardina de Reynolds metida en el bolsillo...

Joan les siguió con la mirada, hasta que salieron de la estancia. Luego miró a míster Sanders.

—¿Vamos, Joan? —inquirió míster Sanders.

—Sí.

—¿Estás cansada?

—Oh, no... Me siento maravillosamente bien.

—De acuerdo. Vamos.

Ambos echaron a andar hacia una puerta secundaria de aquel despacho. Míster Sanders la abrió y encendió la luz; dejó pasar primero a Joan, la cual vio, cuidadosamente plegadas, las prendas utilizadas por Pomeroy y Reynolds. Por su parte, sin esperar a que míster Sanders hablara, Joan empezó a desvestirse, quitándose aquellas prendas de cuero. El chaquetón, el jersey amarillo, los pantalones y el peto, todo unido... Hasta quedar en ropa interior, muy ligera, sin nada en la espalda, mostrando su figura bien formada, bien curvadas las caderas, rectas las piernas, prieto y joven el busto...

Se volvió de espaldas a míster Sanders y éste trabajó unos instantes con unos correaes que Joan llevaba sobre el hombro izquierdo y luego en la cintura. Míster Sanders manejaba todo aquello con guantes. Cuando terminó, Joan había cambiado mucho: su brazo izquierdo mostraba una ausencia del codo hacia abajo; nada había allí.

—Vístete, Joan —dijo el tipo.

Joan se dirigió hacia el rincón donde estaban sus prendas normales. Se puso la combinación, el vestido de fibra a rayas horizontales de colores, con minifalda, y luego el abrigo. Tomó su bolso, todo con la mano derecha, la única que poseía; lo abrió e introdujo en él los cincuenta mil dólares. Luego, con un suspiro, se volvió hacia míster Sanders. Miró hacia donde estaban sus correaes, su antebrazo y mano izquierda ortopédica... ¿No era maravillosa? Y miró aquel par de piezas chatas y del tamaño de una cartuchera militar, pero mucho más planas, de modo que apenas se notaban...

Sanders se volvió hacia Joan en aquellos momentos, sorprendiendo la mirada de la mujer.

—Vete ya, Joan —dijo.

—Sí...

—En cuanto salgas de aquí tienes que olvidar esto, ¿estamos?

—Sí, míster Sanders.

—Bien... Buenas noches.

—¿Seguiremos trabajando? Quiero decir que...

—Te entiendo. Por supuesto que seguiremos. ¿Por qué razón

habíamos de abandonar? Todo sale magníficamente, ¿no? Es casi imposible que sospechen de nosotros...

—Es imposible, señor Sanders, en efecto.

—Vamos, vete, Joan...

—Sí, míster Sanders; buenas noches.

—Ya os avisaré cuando haya preparado algo más.

—Sí, señor.

Joan echó a andar hacia la puerta. Joan era bonita, con un cuerpo espléndido, y joven. Veinticuatro años... Se mostraba muy sumisa ante míster Sanders... Cuando Joan desapareció, míster Sanders, sin prisas, con absoluta tranquilidad, se dedicó a guardar todo lo utilizado en las operaciones en armarios individuales camuflados en la pared. Luego, cuando en aquella estancia no hubo el menor rastro de todo aquello, Sanders se dedicó a reflexionar unos instantes.

En realidad, podía ampliar sus actividades. ¿Qué lo impedía? Podía conseguir un millón de dólares en un año y luego..., humo. Ni más ni menos: humo. Porque una cosa era cierta: pronto la Policía, tal vez el F. B., y la opinión pública por otro lado, empezarían a buscar cabezas...

III

EL agente especial Jonathan Wells penetró en el despacho del inspector Langley, subjefe de la Delegación del F. B. I., en Nueva York. Jonathan Wells llevaba un periódico bajo el brazo izquierdo y un cigarrillo entre los dedos de la diestra. Se acercó al escritorio del inspector.

—Buenos días, señor —dijo aplastando el cigarrillo en el cenicero.

—Siéntate, Jonathan. ¿Ese periódico significa que conoces los últimos sucesos?

—Si los últimos sucesos son el robo de doscientos cincuenta mil dólares de la «Chemical International», industria protegida por el Gobierno federal, y el asesinato de tres hombres que conducían el dinero, y de un cuarto hombre asesinado en su apartamento de la calle St. John, los conozco.

—En resumen es eso. Pero... hay mucho más, ya lo imaginas, supongo. El público está aterrado y, sin duda, tiene sus razones. Vamos a retroceder un mes, para llegar al primer asesinato con las características de los cuatro encontrados anoche. Hace un mes, en una gasolinera de la carretera de Albany, un hombre, el encargado de la misma, fue encontrado muerto, sin aparentes señales de violencia; pero la autopsia demostró que había muerto electrocutado. El hecho se apartaba de lo común, por supuesto. Para cometer el robo había sido asesinado un hombre. Con pistola, e incluso cuchillo, todo hubiese sido más normal. Pero electrocutado... La Metropolitana hizo muchas indagaciones, abriendo una investigación del caso a fondo, pero se encuentra en un vacío total.

—Lo recuerdo —dijo Jonathan Wells.

—No se cerró el expediente, pero se olvidó un poco, por impotencia. Como caso aislado, no había que concederle más importancia que la que se desprende de un robo con crimen.

—Entiendo.

—Diez días más tarde surge una situación parecida en cuanto a robo y crimen, si bien esta vez el escenario fue distinto. Los hechos se produjeron en la quinta de Riverside Drive de un médico famoso durante la celebración de una fiesta. Digamos que el robo fue importante: casi ochenta mil dólares en joyas y efectivo. Todo ocurrió cuando la fiesta estaba más animada y nadie podía sospechar un suceso semejante, a excepción del portero de la quinta. Bien..., debió ver algo. Ese hombre murió electrocutado junto a la verja de la quinta. La Policía supuso en principio y después de la autopsia que la verja podía estar electrocutada por prudencia, aunque no era aconsejable durante una fiesta. Cuando trataron de confirmarlo, cualquier teoría se derrumbó. Ese doctor jamás había pensado electrocutar su verja de hierro, entre otras cosas porque tiene niños... En definitiva, no fue cosa de la verja. Por tanto, la Metropolitana, inmediatamente, asoció el caso al ocurrido diez días antes en la gasolinera. Se reanudaron con más fuerza las investigaciones, y con el mismo resultado; es decir, ninguno.

Jonathan Wells asentía con la cabeza.

—Y, por último, lo de anoche —dijo—. Tres electrocutados en la carretera secundaria que conduce a la factoría de la «Chemical International».

—Sí. Esta vez fueron mucho más lejos. Un robo mucho más importante y tres cadáveres... electrocutados. Ya es demasiado.

—¿No dice nada con respecto a ese hombre, Norweck?

—Ésa es otra cuestión, Jonathan. Nosotros, en realidad, deberíamos intervenir por lo del robo en la «Chemical». Sin embargo, vamos a empezar por lo de Norweck. Que se sepa: Norweck no tenía ninguna relación con esa industria, y, por otra parte, nada le ha sido robado. Y puesto que, como los otros, ha sido electrocutado, pudiera ser que existiera un punto de conexión entre Norweck y... esos asesinos. Es teoría pura y simple, Jonathan; pero a Norweck no tenían nada que robarle. Por tanto, el crimen puede

obedecer a motivos personales. No quiero extenderme sobre lo que pienso, pero... ahí entras tú. ¿Te das cuenta?

Jonathan asintió con la cabeza.

—Creo que sí —dijo—. De una parte, los asesinatos producidos hasta ahora, a excepción del de Norweck, han sido motivados, sin duda, para evitar declaraciones de testigos. Nadie puede agregar con respecto a esos crímenes nada interesante. Las cosas cambian con respecto a Norweck, puesto que el motivo de su muerte no es claro; es más: se desconoce.

—Exacto.

—Por tanto, amigos, familiares, quien sea, pueden aportar algún dato. Y..., tal vez pensemos lo mismo, señor: Norweck ha podido formar parte de esos asesinos eléctricos. Y le han suprimido por razones que ignoramos.

—Cabe, Jonathan. En fin..., lo que haya que averiguar queda en tus manos. Por el periódico conoces las señas de Norweck. Y trabajaba de pianista en el

«Reno's»,

en la calle 4, esquina a Broadway. Eso es cuanto puedo decirte por ahora. Si te interesa el cadáver, está en el Depósito. De todos modos, con lo que te he dicho basta: no presenta señales de violencia alguna, como tampoco los otros. Simplemente electrocutados. Los expertos dicen que los cuerpos de todos ellos han sufrido una descarga de corriente alterna, cinco veces más peligrosa que la continua; el voltaje no ha sido muy alto, pero eso nada significa, puesto que, según los técnicos, a veces es más peligroso un voltaje bajo, máxime siendo de corriente alterna.

Jonathan asintió con la cabeza.

—Creo que prescindiré de ver el cuerpo, señor —dijo—. Sin embargo, me interesa un informe técnico sobre la forma de producir esa corriente... Ignoro cómo se producen esos crímenes, pero dudo mucho de que los asesinos, o asesino, hasta ese punto ignoramos, se hagan espectaculares llevando grandes generadores de corriente... Tal vez el informe arroje alguna luz sobre lo que debemos buscar.

—Está solicitado, Jonathan. Tan pronto lo concluyan, pasará a formar parte de este expediente.

—De acuerdo... Mientras, se trata de hacer interrogatorios de rutina —suspiró Jonathan.

—Tal vez no lo sean tanto, Jonathan. Norweck tenía un horario de trabajo, y los atracos y crímenes fueron cometidos a determinadas horas. En fin, Jonathan, no voy a enseñarte nada ahora. Buena suerte.

Jonathan Wells se puso en pie, con una sonrisa.

Era un hombre de treinta años, soltero, compromisos aparte, y una energía que asomaba continuamente a sus ojos castaños, como el cabello. Vestía correctamente y su construcción tenía la particularidad de que la ropa le adelgazaba. Nadie, viéndole, le supondría cinturón negro de «judo». A veces, era una ventaja.

Se despidió del Inspector y abandonó el despacho.

Un rostro inexpresivo apareció ante los ojos de Jonathan Wells. Una voz opaca dijo:

—*Miss Ivette* dice que pase, señor Wells.

—Gracias.

Era en el

«Reno's»,

a las diez de la mañana. No había un solo cliente. En realidad, el club no se abría hasta la hora del almuerzo. El local no era muy amplio, pero no se veía miserable; más bien próspero; con esa clase de prosperidad que da la clientela de clase media. Dejaron el salón atrás, y una puerta les condujo al despacho de *miss Ivette*, la dueña del club. Era una estancia pequeña, con las paredes abarrotadas de fotografías de artistas; hombres y mujeres, algunas de ellas muy generosas, sin ningún misterio sobre lo que pudieron ocultar. Una mesa, unos sillones, el humo del cigarrillo de *miss Ivette*, y ésta misma, lo más notable de allí.

Miss Ivette tenía cuarenta años, y estaba aplastada, enfundada, comprimida por un conjunto de jersey negro y pantalón amarillo. Realmente, *miss Ivette*, en otros tiempos, debía producir sacudidas... eléctricas incluso, a juzgar por sus formas. Tenía el rostro algo ajado, los ojos negros, y se teñía de rojo el cabello.

—Siéntese, señor Wells —dijo—. Lo primero que tengo que decirle sobre el pobre Jerry, es que aún no puedo creerlo...

Jonathan se sentó, imitado por *Ivette*, que le había recibido en pie.

—Comprendo su asombro, *miss Ivette* —dijo Jonathan—. Sin

embargo, yo tengo algunas preguntas concretas que hacerle. ¿Tiene algún inconveniente en...?

—Oh, no... En absoluto, señor Wells. En realidad, ustedes, el F. B. I.,

son quienes pueden capturar a esos asesinos..., y, ¿por qué no pensarlo?, cualquier día pueden tratar de robarme a mí... Y lo peor no sería el robo, ya entiende. Por tanto, cuente con mi colaboración.

—Se lo agradezco, *miss* Ivette. Veamos... El veintiuno de enero último, en la carretera de Albany, en una gasolinera, se cometió un robo con asesinato, a eso de las seis de la tarde. Diez días más tarde, a las doce de la noche, sucedía algo parecido en la quinta de un médico que celebraba una fiesta. Por último, ayer, a las seis de la tarde, como en la primera ocasión, ocurría un robo importante con tres crímenes. Le he citado fechas y horas. La pregunta concreta es: ¿Pudo Norweck, por razones de horario, intervenir en esos tres sucesos?

Ivette se mordió el labio inferior.

Adelantó el pletórico busto hacia el hombre del F. B. I.

—Jerry entraba a las doce y salía a las cuatro.

A las siete debía estar de nuevo aquí, para salir a las once. Y hace mucho tiempo que no ha faltado a su trabajo.

Jonathan miró a *miss* Ivette a los ojos.

—¿Se da cuenta de lo que dice, *miss* Ivette? —inquirió.

—Es lo correcto.

—Entonces, Jerry Norweck pudo tomar parte en esos tres atracos.

—Por horario, pudo. Eso que ustedes llaman coartada, es evidente que no existe para Jerry. Sin embargo...

—Siga, por favor.

—Sería la mayor sorpresa de mi vida, y he soportado algunas mayúsculas, si llegara a demostrarse que Jerry estaba ligado a... todos esos robos y crímenes. Le diré que Jerry era un muchacho débil, cobarde, soñador, poco ambicioso...

—No lo dudo, *miss* Ivette. Sin embargo, dejando aparte la hipótesis de una simple coincidencia, hay que llegar a la conclusión de que Jerry Norweck estaba ligado, de alguna manera, con esos o

ese asesino. A Norweck, además, le mataron en su domicilio, por lo cual debe desecharse en un noventa por ciento la posible teoría de que fuese por azar. Fueron a matarle, *miss Ivette*.

—Eso es lo incomprensible... No lo entiendo. Pero si matar a Jerry no podía tener el menor objeto...

—Puede ser por motivos personales, *miss Ivette*.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Por motivos personales, claro! —exclamó—. Entonces, es... Oh, no... —Hizo un gesto de fastidio—. ¡Qué enorme tontería...!

—¿Quiere explicarse, *miss Ivette*? Se lo ruego.

—Bueno, insisto en que no vale la pena...

—Por favor.

—Bien...

En aquellos instantes, se producía una llamada en la puerta del despacho; chirriaba la hoja, y apareció el rostro inexpresivo y, detrás otro rostro, femenino, simpáticamente feo, con gruesas gafas. Una pelirroja pecosa, que trataba de ver algo del interior del despacho.

—¿Qué es, Lyn? —inquirió *miss Ivette*.

—Una periodista, *miss Ivette*. Quiere hablar con usted.

—Vaya... Esperemos que la notoriedad del hecho no redunde en perjuicio del club. Estas cosas nunca se saben. Lo mismo puede aumentar mi clientela, que esfumarse... Dile que espere, Lyn. Estoy atendiendo a míster Wells.

—Bien, *miss Ivette*.

Se cerró la puerta.

—¿Decía, *miss Ivette*? —inquirió Jonathan.

—Bien..., al hablar de motivos personales, he pensado en Joan. Usted no la conoce, claro. Mire..., ésa es Joan.

Señalaba a una fotografía pegada a la pared, en colores, en la que Joan Forbes aparecía de cuerpo entero, vestida con un jersey muy caído, negro, y una falda-pantalón gris; su cabello liso y largo por encima de los hombros, y una agradable expresión en sus ojos. Su género se advertía con sólo mirar el atuendo.

—En principio quería llegar a ser una Edith Piaff —dijo *miss Ivette*—. Pero..., aunque no hubiese conseguido ni mucho menos eso, tuvo mala suerte. Hoy, Joan Forbes, es distinta en algo. ¿Ve esa bonita mano izquierda? La perdió en un accidente. El codo de Joan

es un muñón. Era la novia de Norweck.

—¿Y eso explica...?

—Jerry..., ya le he dicho que era cobarde, débil..., y estúpido... La abandonó; simplemente, la abandonó, cuando supo que vería un muñón a la altura del codo de Joan, en lugar de esa bonita mano. Por supuesto, eso afectó muchísimo a Joan, porque se querían. Y... no crea; no era amor anticipado, ni... sucio. Era bonito verles. Pero Jerry lo estropeó todo. Joan, es claro, pudo llegar a odiarle... Pero es estúpido pensar que Joan, con su muñón, anda electrocutando gente.

Jonathan miró de nuevo a Joan.

—Bueno, no parece probable —sonrió—. No obstante, si han sido novios, Joan, quizá, podría hablarme de Jerry Norweck.

—Desde luego. Es claro que ella le conocía mejor que nadie.

—¿Conserva las señas de Joan?

—Naturalmente. Yo no quería abandonarla del todo, pero ella no aceptó seguir trabajando... En fin: vive en el doscientos veinte de la calle Place, junto a Washington Square.

—De acuerdo. Diga.... ¿Norweck tenía amigos? Quizá le veía alguien que pudiera...

—No... No, no, señor Wells. Jerry y Joan siempre estaban juntos. Y cuando ella sufrió el accidente, Jerry se volvió muy retraído, poco comunicativo; jamás le vi con nadie; ni siquiera con otra chica.

Jonathan se puso en pie.

—Entonces, es todo, *miss* Ivette —dijo.

—Ojalá tengan suerte. No es agradable lo que está ocurriendo —suspiró *miss* Ivette, comprobando su éxito cuando la mirada del federal se posó en su busto.

—Si todos colaboran como usted, es posible triunfar —dijo Jonathan.

Y fue hacia la salida.

Al abrir la puerta, casi tropezó con la fea periodista, que le dirigió una simpática sonrisa.

—Me llamo Nancy Samish, señor Wells —dijo—. Tal vez perdería menos tiempo si en lugar de visitar a la gente le hiciera a usted una entrevista.

Jonathan miró de arriba abajo a Nancy. Era fea, pero su cuerpo

no estaba mal, pese al chaquetón, y las botas altas que llevaba, de medio tacón. Su cabello rojizo parecía algo capaz de empezar a arder en vivas llamas de un momento a otro.

—Cuidado con lo que escribe, *miss* Samish —dijo Jonathan.

—Oh, bueno, si quiere leerlo usted antes...

—¿Por qué no?

—¿A las nueve en mi apartamento? —sonrió Nancy—. Vivo en el trescientos cincuenta de la Calle Ciento Siete Oeste. Buenos días, señor Wells.

—Tal vez nos veamos —gruñó Jonathan.

Y se largó, seguido por la mirada de la pelirroja, que suspiró, sin que su busto tuviera el... magnetismo del de *miss* Ivette, por ejemplo, que estaba en la puerta del despacho, esperándola.

Ya en la calle, Jonathan se metió en el coche del Servicio, y se puso en marcha, hacia la calle Place, un poco al norte, y no muy lejos del «Reno's».

Tardó diez minutos en aparcar el coche en Washington Square, único lugar con probabilidades de hacerlo. Luego, a pie, cubrió la distancia que le separaba del 220 de la calle Place. Era un edificio antiguo, sólido aún, con cierta ventilación, y vistas a Washington Square. Joan vivía en el segundo piso, al parecer, puesto que una tarjeta indicaba Norma Forbes, segundo A. Su hermana, tal vez.

Ya estaba el federal esperando, tras apretar el zumbador.

Oyó pasos. Y un instante después veía un rostro largo, una cabellera platino desgredada, una boca con gesto agrio, y un cuerpo apenas cubierto; un cuerpo de redondeces muy sugestivas, sin duda. Pero a Norma habría que endulzarle un poco el rostro... y la voz; sonó su chirrido:

—¡Hasta eso hemos llegado! Lárguese. Esta casa es para descansar; no se admiten citas aquí. ¡Fuera!

—Un momento, *miss* Forbes. Soy Wells, agente del F. B. I.

Y éstas son mis credenciales.

Norma achicó los ojos. Luego, su expresión cambió un poco.

—Bueno, pase —dijo—. ¿Quiere hablar conmigo?

—No. Con Joan.

—Duerme.

—Lo lamento, pero es importante.

—Bien... Sígame, señor Wells. Oiga, no me diga que Joan se ha metido en un lío.

—Lo ignoro. Sólo quiero hacerle algunas preguntas..., y no son relativas a ella misma.

—Vaya... El

F. B. I.,

en mi casa. Oiga, la porquería que vea en los rincones, ignórela, por favor. Joan y yo no tenemos tiempo para minucias. Llegamos aquí reventadas. O eso, o morirse de hambre. Las cosas iban un poco mejor, y éramos más decentes, cuando Joan tenía sus dos manos. No es que las emplease para el trabajo, porque bailaba y cantaba en un club, pero por razones de estética, una mujer...

—Vengo del club, *miss* Forbes. Por tanto, puede ahorrar esas explicaciones.

—Ha estado allí, ¿eh? Comprendo... Por lo de Jerry, ¿no? ¿Sabe qué le digo? Que el asesino de ese granuja, de ese... de ése... Pues sí: merece una estatua en Washington. Dejar a mi hermana, y... y convertirla en lo que es ahora. Pobre Joan. Por cierto, que aún no ha leído el periódico, y la noticia la pillaré desprevenida... Pobre Joan... Yo estaba contenta con ella. Era decente. Ahora... Pero hay que vivir, ¿no? Siéntese ahí. Si quiere ginebra, o *whisky*, ahí hay, en esa estantería. Voy a despertar a Joan...

—No hace falta, Norma.

Norma y Jonathan giraron hacia la puerta de aquella salita.

Allí estaba Joan, ciñéndose una bata, mirando con sus ojos muy negros a Jonathan y a su hermana, alternativamente.

Los ojos de Joan se empañaron un poco.

—¿Es cierto que... han asesinado a Jerry? —musitó.

—Sí. Le han achicharrado —graznó Norma—. Era, ni más ni menos, lo que merecía. Maldita sea, Joan, no vayas a llorar. No lo merece. Mira, el señor Wells, del

F. B. I.,

quiere hacerte unas preguntas. Olvida a aquel monstruo de debilidad y cobardía.

Jonathan había estado observando la forma en que Joan se ceñía la bata, utilizando solo la diestra. Y debajo de la bata, se adivinaban bonitas y juveniles formas. En modo alguno Joan era ampulosa

como su hermana. Mucho más fina, delicada... Sin embargo, los efectos de la nueva vida de Joan, sugerida por Norma, no tardarían en hacerse visibles. Joan se convertiría en una versión de la Norma agria y chirriante...

—¿Puedo quedarme, o les dejo? —inquirió Norma—. Pero quisiera estar con Joan...

—Puede quedarse, *miss* Forbes —dijo el hombre del F. B. I.

—Entonces, sentémonos. ¿No bebe, señor Wells?

—No, gracias.

—Pues yo necesito un trago. El granuja... Nadie tanto como él merecía la muerte...

—Por favor, Norma —musitó Joan, sentándose en un ajado sillón, frente al hombre del

F. B. I.

—Está bien. Cerraré el pico —graznó de nuevo Norma.

No es que lo cerrase, pero la ginebra no la dejaba hablar, a menos que gargarizase.

Joan seguía con los ojos discretamente húmedos.

Jonathan no entendía muy bien que un tipo abandonara a Joan por una mano. Diablos... En fin, aquello daba una idea bastante clara de lo mezquino que fue el tal Norweck.

—Puede preguntar, señor Wells —musitó Joan—. De todos modos, no sé si podré ayudarle. Hace tres meses que no veía a Jerry...

—¿Tres meses?

—Desde el accidente.

Jonathan suspiró. Casi parecía inútil seguir allí.

IV

LAS dos mujeres le miraban. Tal vez Jonathan mostró muy claramente su decepción.

—Bien..., hace tres meses que no le veía —dijo Jonathan—. Sin embargo, es posible que supiera algo de él. ¿Usted no se interesó por él? ¿Acaso aceptó resignadamente el abandono por parte de Norweck?

—Le llamaba a su casa por teléfono —musitó Joan.

—¿Y bien?

—Al principio, respondía. Luego, ni eso.

—Por tanto, usted, Joan, ignora todo lo relativo a Norweck en los tres últimos meses.

Joan asintió con la cabeza. Estaba patética y triste en aquellos momentos.

—No he sabido de él hasta... hace unos minutos, cuando me despertaron las voces de Norma. No puede decirse que haya sido un despertar agradable..., pese a todo. Una mujer no olvida un amor limpio y hermoso tan fácilmente, señor Wells.

—Comprendo. Y lo lamento... Bien: ¿puede decirme al menos qué clase de amistades tenía Jerry Norweck antes de ocurrir su accidente, Joan?

—Yo.

—Pero algún amigo, algún...

—Yo lo era todo para él. Y debí desconfiar de eso...

—Creo que es todo, Joan. Su... Norweck ha muerto en circunstancias extrañas, electrocutado, y todo hace pensar que su muerte se debe a algo personal...

—¿Electrocutado? —musitó Joan.

—Su hermana lo dijo antes..., aunque de un modo bastante

pintoresco —dijo Jonathan.

—Pero..., electrocutado... ¿Y usted sospechaba de mí? —inquirió Joan, con los ojos muy abiertos.

—No es eso, Joan. Es sólo una investigación, y cuántos han tenido relación con Jerry Norweck pueden aportar algo.

—Entiendo... Yo..., lo lamento... En principio, perdoné a Jerry que no me visitase en el hospital. Cuando salí, traté de verle, pero me rehuía... Luego, las llamadas sin respuesta... Me di cuenta de lo que ocurría. Y..., sin trabajo... Ivette quería ayudarme, pero ella y yo sabemos que no es posible. He tenido que recurrir a... —Se mordió los labios, inclinó la cabeza—. Tal vez me ha empujado a eso, más que otra cosa, la herida de lo sucedido con Jerry...

Jonathan se sintió incómodo allí.

Norma dijo:

—Conque ya ve, señor Wells. No pida que lo sintamos. Ella, no sé. Pero yo...

—¿Y usted nada tiene que decir, Norma? —inquirió el federal.

—¿Yo? Oh, sí... Un día me armé de una navaja, y quise ir a esperarle, a las once, pero... En fin, era demasiado para mí... Y no fui.

—Está bien. Lamento haberlas molestado. No obstante, en tres meses ocurren muchas cosas, y ustedes han podido olvidar algo. Llamen a la Delegación del

F. B. I.,

si consideran que pueden ayudarnos en algo. Perdonen las molestias.

En el momento en que Jonathan se estaba poniendo en pie, sonó el zumbador de la puerta. Norma, rezongando, fue a abrir. Jonathan, tras despedirse de Joan, se encontró en la puerta, frente al feo y simpático rostro de la periodista.

—¿Otra vez? —Gruñó Jonathan.

—Bueno..., si se me autoriza, yo...

—Está bien. ¿Dijo en la Calle Ciento Siete Oeste?

—El trescientos cincuenta, sí. ¿Le espero de veras?

—Hum...

Jonathan se marchó.

Una vez en la calle, y tras reflexionar unos instantes, se metió en una cabina telefónica, introdujo las monedas y efectuó una llamada.

Le respondió el inspector Langley:

—¿Qué hay, Jonathan?

—Nada, señor. Parece que es inútil buscar en torno a Norweck. La única pista queda borrada por dos mujeres desmoralizadas, una de las cuales fue novia de Norweck. Éste la abandonó, sin más, cuando la muchacha sufrió un accidente que le costó la mano izquierda... hasta el codo. No saben nada de Norweck, desde hace tres meses. Y..., reflexionando, he pensado que sin perjuicio de seguir investigando a Norweck, podemos realizar otras gestiones.

—Desembucha.

—¿Está libre

O'Neil?

—Sí.

—Entonces quisiera darle algunas instrucciones.

—Se las traspasaré. Adelante.

—Bien..., tiene que ir al Depósito y tomar los zapatos de Jerry Norweck; usted puede firmar la autorización. Una vez con esos zapatos en su poder, que venga a buscarme. Yo estaré en un bar de Washington Square, esperándole. Eso es todo, por ahora.

—Bueno, no lo entiendo bien, Jonathan...

—Es algo tan sólo para seguir investigando, señor. De lo contrario, le aseguro que no tengo la menor idea de cómo seguir con este asunto. Otra cosa: en ninguna de las tres operaciones en las que han aparecido muertos electrocutados, Norweck podía presentar coartada. Eso puede ser significativo, o simple azar. Ya digo, sin abandonar a Norweck, quiero seguir otras posibles pistas.

—De acuerdo, Jonathan. No creo que

O'Neil

tarde más de tres cuartos de hora en reunirse contigo.

—Está bien, señor.

Y Jonathan colgó el teléfono.

Volvió hacia Washington Square, en busca de un bar.

Se introdujo en él, mirando la hora. Las doce y veinte. Podía ya tomar el almuerzo; nunca se sabe, y tal vez luego tendría que estar horas enteras sin probar bocado.

Y a esperar a

O'Neil.

Tuvo tiempo de almorzar con calma, y fumar un cigarrillo, antes

de que apareciese
O'Neil,
con un paquete en la mano.

O'Neil
era un muchacho alto, fuerte, con mucha inteligencia en sus ojos azules. Penetró en el bar y se acercó a Jonathan, quien ya pagaba, y se disponía a salir.

—¿Puedo saber qué pasa con esto? —señaló el paquete.

—Cosas mías. Por lo pronto, te situarás ante el volante, y no lo soltarás hasta llegar al lugar donde ayer tarde se produjo el robo y los tres asesinatos. Por si no lo sabes, te diré que has de cruzar Bronx, y tomar Boston Road; la desviación hacia la factoría está indicada. ¿De acuerdo?

—¿Y el par de zapatos?

—No seas pesado.

Un instante más tarde los dos hombres del
F. B. I.,
estaban en el coche.

—Frena ya,
O'Neil.

El joven agente especial frenó, pegándose a la derecha, junto a unos matojos cubiertos de fino polvo grisáceo. Desde allí se veía la factoría, en plena actividad, con las grandes chimeneas lanzando a la atmósfera pesadas nubes de humo negruzco. Los dos hombres se apearon y Jonathan echó a andar, con

O'Neil
junto a él, silencioso, con el paquete bajo el brazo.

—Parece que la furgoneta frenó aquí, Jonathan —dijo

O'Neil

—. Se ven las huellas del frenazo brusco.

—Lo he visto. Y el «Mercury» negro tuvo que salir de esa revuelta. Por tanto, echemos un vistazo. ¿Piensas descubrir algo por las huellas de pies?

—Tal vez. En otro terreno, ni se me hubiera ocurrido; pero aquí, con este polvo, es fácil dejar huellas. En todo caso,
O'Neil,
se trata de justificar el sueldo. O buscamos aquí, o nos vamos a

dormir.

—Bueno, no es tan descabellado. Es imposible saber exactamente cómo se produjeron los hechos, puesto que no quedó un solo testigo con vida. Pero lo lógico es que el «Mercury» estuviera ocupado por una o más personas, y que se apearan para tomar el dinero, para asesinar... En fin, no creo que lo hicieran todo desde el coche.

—Exacto,

O'Neil.

Lo malo es que al retirar el coche los de la Metropolitana, han podido borrar algunas huellas. Sin embargo, abre los ojos, porque hay algo muy significativo: se largaron dejando el «Mercury» aquí, lo cual nos hace suponer que tenían algún otro vehículo a la espera, y que a algún sitio tuvieron que ir a buscarlo.

—«Okay».

—Desenvuelve el paquete; quiero echar un vistazo a las suelas y a la medida.

—Sí, entiendo.

—

O'Neil

desenvolvió los zapatos de Jerry Norweck, negros, un tanto ajados, con suela de cuero, bastante gastada, y sin señas particulares; en cuanto al tacón, lo gastaba por la parte exterior de cada zapato.

—A husmear,

O'Neil

—dijo Jonathan, una vez hubo examinado aquel par de zapatos.

—¿Nos separamos?

—Por el momento, no. Si descubres algo que te interese, lo sigues hasta donde puedas. Luego, ya hablaremos.

Los dos hombres del

F. B. I.,

inclinados, empezaron a examinar la calzada; a un tiempo, retrocedieron, siguiendo las huellas del «Mercury» hasta el cruce de la curva; hubo un momento en que las huellas se perdían.

—Debió estar detenido aquí, a la espera —comentó

O'Neil.

—Eso parece... Situémonos. Aquí estaba el «Mercury», encarado hacia el cruce. Las portezuelas, aproximadamente, a esta altura y...

Mira el suelo,
O'Neil.

Huellas borrosas en el polvo de la cuneta. De todos modos, no te molestes en sacar los zapatos de nuevo; está claro que ese pie es más pequeño que el de Norweck. Las huellas se van hacia el interior... —Mientras hablaba, iba avanzando.

—¿Y ahora? —inquirió

O'Neil.

—Bueno..., yo diría que vuelven hacia la carretera... Y allí, maldita sea, es perder el tiempo. Los muchachos de la Metropolitana y gente de la factoría han estado rondando por el lugar donde se detuvo la furgoneta, y puestos a seguir huellas, igual llegamos hasta el capitán Bower..., cuyo genio ya conocemos. Por tanto, se trata de buscar el lugar por el cual se largaron, para cambiar de coche. Y tenemos, por lo menos, dos personas; la que se apeó del «Mercury», y el conductor. Así que... Puesto que estamos aquí, y campo a través llegamos a Boston Road, no es tan descabellado pensar que atravesaron por aquí. Abre los ojos. Las suelas del calzado de esa gente están llena de polvo, y tienen que ir dejando huellas. Como nosotros, ¿observas?

O'Neil asintió con la cabeza.

Se reanudó la búsqueda. Y durante quince minutos, los dos hombres, silenciosos, dedicaban toda su atención a aquel suelo duro, con algunos matorrales grisáceos a causa del polvo. Había matorrales, y algunos árboles muertos, de troncos enanos. Se percibía ya el rumor del tránsito de Boston Road y, prestando atención, el murmullo de actividad de las industrias situadas en la zona.

—

O'Neil.

El joven se acercó a Jonathan, quien estaba inclinado sobre un trozo de terreno, señalando algo con el índice.

—Te lo dije: son, por lo menos, dos. Gastan la misma clase de calzado, pero este pie es más grande que el del que descendió del coche. ¿Te das cuenta?

—En efecto... Entonces, sabemos casi seguro que un coche les esperaba en Boston Road...

—Lo cual es nada —gruñó Jonathan—. Y ese par de zapatos es

completamente inútil. No podemos saber..., por ahora, si Norweck estuvo aquí. Y..., fíjate, otra huella, distinta a las anteriores... En esta capa de polvo hay bastante trabajo,
O'Neil.

Yo afirmarí, ahora, que son tres hombres.

—Bueno, eso me parece natural. Uno solo no encajaba demasiado.

—Ya sé que el dato sigue sin conducir a parte alguna, pero... Uno de los dos ha de quedarse aquí,

O'Neil.

—¿Qué cosas...! Tengo que ser yo, es claro.

—No te pongas así. Además, no estarás mucho rato solo. Voy a enviarte a nuestros intelectuales; por lo menos, a algunos. Estoy seguro de que alguna sorpresa nos espera.

—Gran consuelo.

—Y hasta cabe la posibilidad de que traten de borrar sus huellas.

—Eso no lo crees ni tú. Ellos saben que por esto no vamos a descubrirles. Podemos incluso llegar, con suerte, al lugar donde tenían el coche, cosa que dudo, si atravesaron la carretera, Boston Road, lo cual es muy probable, pero de ahí no pasaríamos.

—De todos modos, no quiero arriesgarme a perder esas huellas,
O'Neil.

—Lo entiendo, lo entiendo... No pierdas tiempo.

Jonathan retrocedió a grandes zancadas hacia la carretera secundaria, donde dejaron el coche; se puso frente al volante, y maniobró hasta enfilarse el morro en dirección a la desviación de Boston Road. Luego salió lanzado, tomando Boston Road, y no se detuvo hasta encontrar una cabina telefónica, a cosa de una milla de distancia, cerca de la periferia de Bronx. Metió el coche en la cuneta, saltó y se dirigió hacia la cabina. Poco después esperaba respuesta de la Delegación.

—¿Jonathan?

—Yo mismo, señor.

—¿Algún resultado?

—Puede haberlo..., en cierto modo, es claro. Algo que nos ayude a descifrar un poco el misterio de tres asesinos que matan para no ser identificados luego. Por lo pronto, es urgente que la gente del Laboratorio, los expertos en Huellas y Antropometría se presenten

bien provistos de instrumental en el cruce de Boston Road con la desviación de la carretera que conduce a la «Chemical International». Les estaré aguardando.

—De acuerdo... Entonces, ¿puedes avanzar que son tres hombres?

—Lo único, señor.

—Bueno..., tranquilo. Esta mañana no sabíamos ni eso. Te mando a los técnicos.

—Espero en el cruce, señor.

—Está bien.

Jonathan colgó el teléfono y regresó al coche.

Poco después estaba de nuevo en la desviación, a la espera, fumando un cigarrillo.

Eran ya las siete y media de la noche, cuando Jonathan llegaba al despacho del inspector Langley. Éste le estaba esperando, fumando su pipa. Hizo un gesto invitando a Jonathan a sentarse, y éste lo hizo, estirando las piernas, sin mirar al inspector.

—¿Y bien? —inquirió Langley.

Jonathan se encogió de hombros.

—Ya conoce a nuestros admirables intelectuales —dijo—. Son seres completamente herméticos, a menos que estén seguros de una cosa. Lo único que puedo decir es que trabajaron mucho y bien allá. Pero los resultados..., ¡ah!, habrá que esperarlos.

O'Neil

está con ellos, esperando el informe, que inmediatamente traerá aquí.

—Está bien. No creas: se puede obtener bastante con el trabajo de nuestros expertos. Vamos a conocer físicamente, siquiera un poco, a los asesinos eléctricos. Me pregunto cómo se las arreglan, y qué clase de gente son. Diablos, esas descargas de corriente alterna... Por cierto: ¿algo sobre Norweck?

—En absoluto. Yo diría que nada tiene que ver con esos asesinos. Pero... sería arriesgar demasiado, puesto que le electrocutó alguien de ese grupo de tres; eso es seguro. Una coincidencia no es admisible en este asunto, señor. Por lo menos, yo no la admito.

—No, claro... Eh, olvidaba algo. No sabía que andabas liado,

Jonathan.

Jonathan sonrió un tanto irónico.

—¿Sabe?, pues ésta es la primera noticia que tengo yo también —dijo.

—Hace unos minutos, diez o quince, telefoneó una dama. Dijo que te recordara una cita que tienes esta noche.

—Pues, diablos, no recuerdo... Eh, espere... ¿No dijo más?

—No.

—De todos modos... Juraría que es ella, sí... Fea pero simpática, señor. Creo que tal vez valga la pena hacer esa visita.

—Ella habló de una cita, Jonathan.

—¿No es lo mismo? Ella que crea lo que quiera, y yo voy a lo mío. Está claro, ¿no?

—¿Puedo saber quién es?

—Una periodista llamada Nancy Samish. Sus naricitas las he visto por dos veces esta mañana. Primero en el «Reno's».

Luego, en el apartamento de Joan Forbes.

—Ya...

—Dijo que me permitiría leer el artículo, antes de publicarlo. Y sería lamentable que por menospreciarla nos dejásemos atrás algo importante.

—Dame las señas.

—El trescientos cincuenta de la Calle Diecisiete.

—Entonces, ya puedes largarte. Procura no tardar. Ese informe no se demorará mucho.

—Descuide. Me interesa mucho más el informe que esa chica.

Jonathan abandonó el despacho del inspector Langley, y poco después estaba en la calle, en el interior del coche del Servicio, saliendo de Church Street hacia el norte, en busca de la Calle Diecisiete. El tránsito era muy intenso a aquellas horas; las luces mareantes; un estallido de color por entre la bruma.

Tardó casi media hora en llegar frente al 350 de la Calle 17. Y un par de minutos en llamar a la puerta del piso. A Nancy no debían irle mal las cosas, puesto que aquel edificio era bastante aceptable...

Apretó de nuevo el zumbador, impaciente.

V

DOS minutos más tarde, Jonathan Wells notaba que su frente se humedecía. Miraba aquella puerta cerrada, mientras calculaba mil probabilidades sobre lo que había podido ocurrir; entre otras cosas, que Nancy no le hubiese esperado. Era posible, sí, pero...

Jonathan extrajo del bolsillo un juego de ganzúas, y probó. Medio minuto más tarde tenía éxito: cedió la cerradura. Empujó inmediatamente la puerta y se coló en el apartamento, sin fijarse en más detalles que la luz que provenía de una de las piezas del piso, cuya puerta estaba abierta.

Caminó hacia allí, con la diestra cerca de la culata de la automática, que llevaba bajo la axila izquierda.

No llegó a extraer el arma. Ni, durante casi un minuto, se decidió a pasar al interior de aquella estancia. Fue un minuto en que su mirada, tristemente, se posaba en un cuerpo retorcido en el suelo, sobre una bonita alfombra de sala de estar. Y el cuerpo estaba entre dos sillones. Se veía aquella mata de cabello rojo..., que era algo que ya no daría la impresión de que podía arder en cualquier momento... Y se veían las piernas de Nancy, bastante bonitas, como había sospechado el hombre del

F. B. I.

Finas, blancas..., frías para siempre.

Jonathan, por fin, se metió en la estancia, acercándose al cadáver de Nancy.

Fea pero simpática... Lástima que la muerte dejara en su boca aquella mueca de terror, grabada para siempre...

Jonathan esbozó una leve sonrisa, al observar que para su cita con él, Nancy se había arreglado bastante. Bien maquillada, con ropa de casa fina, muy íntima... Y vio que había bebidas en una

bandeja, sobre el aparador de la salita...

—Lo siento, Nancy...

No quiso tocarla, pero estaba seguro de no fallar en su idea. No se advertía huella alguna de violencia, ni manchas de sangre...

Se puso en pie y fue hacia el teléfono; descolgó y disco el número de la Delegación, línea directa con el inspector Langley. Unos instantes después oía la voz del inspector:

—¿Sí?

—Yo, señor —dijo, con voz apagada, Jonathan.

—Jonathan..., ¿qué ocurre? ¿Falló la cita?

—Está muerta, señor.

—Vaya... Eso quiere decir algo, supongo...

—Muerta, sin huellas de violencia, ni de sangre —atajó Jonathan.

—¿Estás seguro?

—Por completo. ¿Puede mandar ahora mismo al doctor? Quiero confirmar las causas de su muerte. Tal vez sea debido a un colapso cardíaco, por ejemplo, aunque la chica no era de las que sufren del corazón. Por otra parte, está la expresión de su rostro. Mientras llega el doctor, yo realizaré, de ser posible, algunas averiguaciones en la escalera.

—De acuerdo, Jonathan. Acompañaré al doctor.

—Bien, señor.

Colgó.

Mirando el rostro de la muerta, encendió un cigarrillo. Bueno, no era tan fea... Y cerró los ojos. Eran ya siete personas electrocutadas... ¿Estaban locos? ¿Qué clase de monstruos eran? Y sintió un escalofrío. Realmente, no era agradable la idea de que tarde o temprano debería enfrentarse a tres asesinos eléctricos. Ni una bala, ni una señal de golpes..., simplemente, una descarga de corriente alterna...

Lentamente salió del piso y bajó al vestíbulo, donde había una cabina con teléfono para el portero, pero no había nadie. Tampoco cuando entró, unos minutos antes. Parecía perder el tiempo en intentar obtener algún dato por parte de alguien que no se molestaba en estar en su sitio.

Tras unos instantes de indecisión, se le ocurrió algo, y regresó al piso, buscando el lugar idóneo; un pequeño despachito, con una

gran ventana, donde Nancy había tenido una biblioteca, su mesa, la máquina de escribir...

Probablemente era inútil buscar algo importante. Si habían asesinado a Nancy, era porque, con seguridad, ésta había averiguado algo. Y era absurdo suponer que habrían dejado en el estudio alguna prueba... Naturalmente, fue inútil. No halló nada de interés. Ni siquiera en la papelería, descubriendo que estuvo en lo cierto: había pedazos de papel rasgado, pero en blanco. Éstos no interesaron al asesino, pero sí los trozos escritos, ausentes. Tal vez algún borrador del artículo de la joven periodista...

Volvió a la salita.

Y cinco minutos más tarde oía llegar al inspector Langley, con el doctor Pearson y su ayudante Troher.

Los tres hombres penetraron en el piso.

—¿Algo más, Jonathan? —inquirió el inspector.

—No, por ahora. Pase, doctor; es en la salita.

Todos se dirigieron hacia allí. Y guardaron silencio, mientras el doctor Pearson examinaba el cadáver de Nancy. El doctor, tras sus observaciones, dijo, volviéndose hacia Langley y Jonathan:

—Asfixia —dijo—. Una consecuencia de haber sido, probablemente, electrocutada. Es casi seguro, pero tendremos que hacer la autopsia.

Jonathan asintió con la cabeza.

—Entiendo. Pero creo que es suficiente, doctor. Me ocuparé de que les envíen una ambulancia. Usted dará las instrucciones.

—Está bien, gracias.

Jonathan realizó la llamada telefónica y luego regresó junto a Langley, que parecía muy nervioso.

—No sé, Jonathan... Esto empieza a ser escandaloso. Y dudo mucho que podamos guardar el secreto de lo ocurrido aquí; el gran inconveniente es que la dama era periodista. Imagina el alboroto que se va a armar. Y ya es sabido que el

F. B. I.,

tiene el caso entre sus manos. Bueno, no te reprocho nada... En realidad, estamos avanzando. Sabemos que alguno de los pasos que ha dado Nancy esta mañana le ha costado la vida. Y tú dices que tropezaste dos veces con ella.

—Sí, pero eso no significa nada. De todos modos, podemos hacer

preguntas a Ivette y a Joan. Es claro que si fue haciendo averiguaciones a otros sitios, lo ignoramos.

—Es cierto... Empiezo a desesperarme, Jonathan. Por mí, regresaría inmediatamente a la Delegación. Es posible que tengamos el informe de las huellas halladas, y nos proporcionen nuevos elementos. Voy a movilizar al

F. B. I.,

en peso, y a la Metropolitana. No puedo tolerar la idea de que se cometa un nuevo crimen de esta especie. Vamos, Jonathan.

Se despidieron de Pearson y Troher, y cuando llegaron a la calle ya estaba llegando la ambulancia. Se metieron en el coche y poco después estaban en la Delegación.

Cuando

O'Neil

penetró en el despacho, con el informe en la mano, y acompañado por el profesor Dooley, Jonathan y el inspector se pusieron en pie, dando muestras de su ansiedad. Luego, como avergonzados, se sentaron, mientras

O'Neil,

silencioso, dejaba el informe sobre la mesa y el profesor Dooley jugueteaba con sus gafas.

—Adelante, profesor —dijo Langley, sin tocar el informe—. Si usted está aquí es porque tiene algo que decir.

—En efecto, inspector. Ha sido bastante laborioso llegar a ciertas conclusiones. En estos momentos, puedo afirmar que, efectivamente, los autores de las huellas examinadas fueron tres. Puedo darle las estaturas, con un mínimo margen de error, y el peso de los tres. Pero eso consta en el informe. Y una estatura y un peso no es, en definitiva, lo mismo que un rostro.

—No, por supuesto. Pero siga, por favor.

—Hemos tenido buen cuidado al emitir el informe. Por consiguiente, el equipo que yo dirijo en el laboratorio está completamente de acuerdo en un detalle, que puede ser importante: uno de esos tres hombres..., digamos de esas tres personas, es coja. Completamente coja. Quiero incluso decir que todo se inclina a afirmar que lleva una pierna izquierda ortopédica. Las señales responden perfectamente a esta afirmación.

Todos miraban en aquellos momentos a Dooley. En realidad,

preferían no hacer comentarios al respecto.

—Resumiendo —dijo Dooley—, tenemos que ese grupo está compuesto por tres hombres. Primero: un cojo, con pierna ortopédica; la prótesis es muy buena, pero es inevitable que se note en las huellas, dado que el material empleado para tales prótesis es muy ligero; generalmente, acero inoxidable y aluminio, naturalmente huecos, o bien apliques de madera de saúco... Ligero, en suma. Ese hombre es alto y delgado. La estatura aproximada consta en el informe. Segundo: un hombre más bien bajo y fornido o grueso; éste posee sus dos piernas —sonrió, con dudoso humor, el profesor Dooley—. Tenemos al tercero: de estatura parecida al anterior, pero de peso mucho menor; quizá la mitad. Un tipo desnutrido, flaco, o bien...

—Siga hablando —rezongó Langley.

—No sería descabellado suponer que se trata de una mujer —dijo el profesor.

Jonathan meneó la cabeza, como sacudiendo tonterías del cerebro.

—¿Es todo? —inquirió Langley, impasible el rostro.

—Lo que quería decirles personalmente, sí.

—Perfecto, Dooley.

—Buenas noches, señores.

El técnico se marchó, dejando a los otros tres silenciosos, reflexionando.

De pronto, Jonathan soltó una carcajada de perplejidad. Luego, gruñó algo.

—Bueno, ¿qué pasa? —inquirió el inspector.

—Pues que resulta gracioso, señor. Cojos, mujeres... Toda clase de seres débiles e Inválidos o mutilados se dedican a electrocutar gente. Para recuperación de subnormales, me parecen actividades muy fuertes. Y lo peor es que el profesor Dooley, antes de emitir su informe, se habrá asegurado concienzudamente... No puede haber error.

—No... Un cojo, un tipo fuerte y pesado, y, tal vez, una mujer. Gracioso.

Intervino

O'Neil.

—Tal vez las huellas no corresponden a los asesinos...

—No hay duda,
O'Neil.

Es claro que cabría la posibilidad de que otras personas hubiesen pasado por allí. Sin embargo, las huellas del tercer asesino eléctrico son las mismas que las del que descendió del «Mercury».

—Ya... ¿Y bien?

—Jonathan reflexionó unos instantes.

—Vamos, Jonathan, ¿qué piensas? —insistió el inspector.

—Creo que lo que todos —dijo Jonathan—. Nancy Samish ha sido asesinada por visitar a alguien, haciendo preguntas. Entre esas personas a las que visitó, figura una mujer..., veamos el informe, señor. ¿Qué dice sobre estatura y peso?

—Veamos. Pero no es seguro que sea una mujer. Bien, bien... Dice: cinco pies dos pulgadas. Peso: ciento cuarenta y ocho libras.

Jonathan tenía el ceño fruncido.

—Diablos..., no hay más remedio que hacer una visita a Joan. Su estatura y su peso deben ser alrededor de esas cifras. La muerte de Nancy, la de Jerry Norweck... Un cojo de por medio, que, como ella, es un mutilado..., y nadie asegura que el tipo bajo y fuerte no lo sea igualmente. Menudo juego... Mancos, cojos... Dicho así, es casi ridículo, señor. No obstante, creo que aquí perdemos el tiempo.

—Por supuesto. Hasta luego, Jonathan.

El hombre del

F. B. I.,
sonrió.

—Voy solo. Por el momento, para ver a Joan, y por si acaso, no quiero alarmarla. Recordemos que, en el supuesto de que forme parte de ese grupo, es sólo un miembro más. ¿De acuerdo? Interesan todos. Tal vez ella, a solas, sea más fácil de convencer. Por otra parte, es nuestro único punto de contacto con esos asesinos..., aunque siga sonando a ridículo. Tendrán noticias.

Y se largó de allí.

Ya en el coche, sudaba, pensando en todo aquello; viendo un desfile de mancos, cojos, y mujeres, asesinando...

VI

SONÓ la llamada telefónica. Pomeroy estaba sentado en un sillón, de su casi mísero apartamento, en Delancey, en ese círculo de Chinatown impenetrable a veces. Pomeroy había estado bebiendo y oyendo la radio. Algún día tendría televisión, y una casa decente, y la pierna sería suya. Y tendría todo lo que tienen los demás...

El teléfono sonó de nuevo.

—Ya voy, ya voy... —Gruñó Pomeroy, como para calmar, inútilmente, la impaciencia de la llamada. Alargó la mano izquierda y tomó la muleta.

Toe, toe... Toe, toe...

Tomó el aparato.

—¿Sí?

—¡Pomeroy!

—¿Qué pasa, Reynolds? ¿Por qué llamas?

—Estoy asustado. ¿Acaso no has oído las noticias?

—Sí; es lo único que me divierte: oír hablar de nosotros. Es algo increíble, Reynolds. ¿Sabes lo que he llegado a pensar? Que si algún día nos atrapan, la gente, cuando nos vea, se echará a reír, incrédula, y lo más que despertaremos será compasión... Y...

—Basta de eso, Pomeroy. ¿No te das cuenta de lo que ocurre? Joan se ha vuelto loca. Anoche, mientras la esperábamos, no estuvo en el río, viendo pasar los barcos. Estuvo cometiendo un asesinato, con ese poder que míster Sanders le entregó... Mató a su novio. Ese Jerry Norweck, como se hincha de decir la radio, era su novio. Y..., ¿has oído el último boletín? Ha sido asesinada una periodista..., como Joan puede hacer eso. Tengo miedo. Joan anda suelta, loca, matando... Nos va a perder, Pomeroy.

—Sí... Pero eso es cosa de Sanders, ¿no?

—Vamos a verle, Pomeroy. Que nos explique qué ocurre.

—Pero..., ¿ahora? Ya sabes que sólo quiere vernos cuando nos llama.

—Lo sé, lo sé... Pero yo, a lo que ocurre, le llamaría situación de emergencia. ¿No lo entiendes? Joan, loca y suelta, nos hunde. Eso es seguro. La radio no hace más que hablar de la próxima víctima... Dicen que puede ser cualquiera, y la psicosis que se está formando se ha apoderado de mí también.

—De acuerdo... Iremos a ver a míster Sanders.

—Yo voy para allá. Nos encontraremos en la tienda del jefe.

—Sí, sí... Yo también salgo ahora.

—Hasta luego, Pomeroy.

—Entra, Pomeroy. Míster Sanders espera.

Toc-toc...,

toc-toc...

Los dos hombres llegaron a la estancia donde eran recibidos por míster Sanders, quien, aquella noche se veía intranquilo, nervioso. Los otros dos se sentaron, dejando la iniciativa y la palabra a míster Sanders.

—Hay que detener a Joan —dijo, en primer lugar, míster Sanders—. Lo de anoche lo hizo porque llevaba su equipo, y tenía a su favor todas las probabilidades de cometer un crimen fácil, que nadie le ordenó. Fue un tremendo error. Sé incluso que el

F. B. I.,

estuvo en su casa, aunque, por lo visto, supo convencerles de que nada tenía que ver con el crimen. La llamé por teléfono; tenía que hablar con ella urgentemente, y me pareció que debíamos hacerlo en un lugar discreto, solitario...

—¿Por qué no la citó aquí, míster Sanders?

—Por favor, Reynolds, seamos sensatos. Yo hubiese podido citarla aquí, pero puesto que el

F. B. I.,

se ha tomado interés por ella, y aunque aparentemente haya dejado de sentirlo, no es seguro. No quise arriesgarme a que el

F. B. I.,

la vigile, y que ella, al presentarse aquí, trajera detrás un agente

especial. ¿Comprendéis? La cité en un parque y yo, bien situado, antes de acercarme a ella, hubiese comprobado que no la había seguido nadie.

—Entiendo —dijo Pomeroy.

Míster Sanders se humedeció los labios, apenas visibles entre bigote y barba.

—Pues bien: ella no acudió a la cita —dijo.

—Está loca... Loca completamente... —musitó Reynolds.

—No... Demasiado astuta, eso es lo que es —dijo, furioso, míster Sanders—. No acudió a la cita, y yo la estaba esperando en el parque. Por tanto, ella sabía que yo no estaba aquí. Imaginad lo que hizo: aprovechando mi ausencia, estuvo aquí y tomó su equipo completo. Sin que nadie la molestara. Y salió bien camuflada, con su equipo, y sus ropas normales, puesto que no las ha dejado, como cuando operamos. Cuando yo regresé y comprobé lo ocurrido, llamé inmediatamente a su casa, pero no respondió nadie. Bien..., decidí aguardar aquí, por si regresaba. Yo... imaginé, claro, que iba a matar de nuevo, y esperé. La noticia no tardó en llegar por el boletín radiado. Llamé de nuevo a su casa, inútilmente. Hubiese salido a buscarla, si se me ocurriera el lugar donde puede estar. Pero..., la verdad, no sé qué hacer.

—Hay que localizarla —dijo Pomeroy.

—¿Cómo? —Gruñó Reynolds.

—No sé... Pero tiene que estar en algún sitio.

Se hizo un ligero silencio.

Los tres hombres se removieron.

—Nueva York es muy grande —gruñó Reynolds—. Y..., no sé... Tal vez después de matar a esa periodista, que debió sospechar de ella, deje de matar... Míster Sanders se pasó una mano por la frente. —No debí elegirla a ella— musitó. —Cualquiera de vosotros dos hubiese hecho lo mismo, pero sin complicaciones... Me pareció que era ideal para que jamás se sospechara de ella, de una mujer... Pero por su novio, o lo que fuese, nos puede hundir... Reynolds: ve a buscarla. No se me ocurre otro sitio que a su casa. Suponiendo que haya dejado de matar, y recobrado su personalidad, puede estar allí.

—¿Por qué no llamamos por teléfono? —inquirió Reynolds.

—¡No! Puede que haya regresado a casa y se asuste y huya si sabe que la buscamos... Preséntate allí, y si está, no tiene

oportunidad de huir. Se trata de convencerla de que devuelva el equipo y... celebremos una reunión de urgencia. Me siento pesimista, ésa es la verdad. Podemos salvarnos, quizá, pero no seguir operando, por ahora.

Reynolds se puso en pie.

—De acuerdo —dijo—. Voy para allá. Llamaré por teléfono, para decir lo que haya.

—Yo no me muevo de aquí —dijo míster Sanders.

—¿Y Pomeroy?

Sanders miró a Pomeroy.

—Vete a casa, Pomeroy. Te avisaré lo que debes hacer.

—¿Y si no me...?

—Por favor, Pomeroy. Si yo intentara salvarme solo, ya estaría lejos de aquí. Y si no os protejo, sé que no iré muy lejos. Vosotros diríais la verdad. Maldita Joan... Por lo menos, no compliquemos las cosas entre nosotros. Reynolds: para mayor tranquilidad de Pomeroy, le llamas tan pronto sepas algo, inmediatamente después de telefonearme a mí, ¿de acuerdo?

—Sí, míster Sanders.

—Vamos, salid. Tengo que pensar soluciones para los casos que puedan presentarse. Si vemos mal parado el asunto, cada uno de vosotros tiene dinero para huir, y vivir decentemente. No obstante, esperemos que exista una solución.

Toc-toc...,

Toc-toc...

Pomeroy y Reynolds se marchaban.

Ya en la calle, en una esquina de Essex, a dónde comunicaba la trastienda, Reynolds dijo:

—Separémonos. Yo tomaré un taxi, que me dejará cerca del piso de Joan. Tú vete a casa.

Pomeroy, sin protestar, obedeció a Reynolds.

Y Reynolds, por su parte, caminó hacia Broadway, con su curva de colores, que parecían estallar a lo lejos, en el cruce de Theatre District. Tomó un taxi y se hizo conducir a Washington Square, a doscientas yardas del 220 de la calle Place, donde vivía Joan. Una vez en la calle Place, Reynolds, con toda clase de precauciones, se acercó al edificio donde vivía Joan. Estuvo observando la calle, el edificio, en busca de alguna señal que indicara que estaba vigilado.

Su vigilancia no dio resultado, lo cual podía indicar que no se sospechaba con demasiada fuerza de Joan, y que la visita del F. B. I., fue obligada, puesto que Norweck fue novio de ella.

Más tranquilo, Reynolds se encaminó hacia el edificio, y subió al piso. Torció la boca, al pensar que podía tropezar con Norma, la hermana de Joan, aunque a aquellas horas era poco probable, dada la forma en que Norma se ganaba la vida.

Vaciló antes de llamar.

Y el primer sorprendido fue él, cuando oyó pasos que se acercaban a la puerta. Taconeó, pasos femeninos. Soltó un suspiro de alivio, que fue sorprendido por Joan, cuando abrió la puerta. Joan sonrió algo irónicamente, pero luego hizo una mueca.

—¿Qué haces aquí? —inquirió—. Vamos, entra. Rápido.

Reynolds penetró en el pasillo. Joan le guió hacia la salita. Joan, en aquellos momentos, estaba cómodamente vestida con un pantalón floreado, bonito, y un jersey rojo. Resultaba exótica, bonita, atractiva, con aquel atuendo; además, al verla, cualquiera hubiese jurado que Joan en aquellos momentos estaba consumiendo una velada aburrida, sola en el piso. Hizo sentar a Reynolds. Luego sonrió, de nuevo irónicamente.

—¿Qué os pasa? —inquirió—. Lo lamentable de todo esto es que a vosotros no puedo ocultaros todo lo que hago. Es un fastidio, no creas... Tan tranquilamente que puedo matar, y vosotros tenéis que saberlo... En fin...

—Joan. Tienes que devolver el equipo y jurar que no volverás a hacerlo. Nos vas a arruinar. A todos. Tú no te salvarías tampoco.

—No digas tonterías. Soy una pobre manca, Reynolds... ¿Cómo puedo ser yo ese asesino implacable y misterioso?

—Acabarán por descubrirete, Joan, no seas loca. Has matado en menos de veinticuatro horas a dos personas relacionadas contigo. El F. B. I.,

que lleva el caso, no suele fracasar. Devuelve el equipo y deja de matar. Olvídalo todo hasta que míster Sanders nos reúna de nuevo, para un golpe con garantías. Imagino que míster Sanders querrá dejar pasar una temporada, para que la gente vaya olvidando al asesino eléctrico.

Joan sonreía.

Algo no debía ir bien en su cerebro, a juzgar por su expresión; por lo menos, así opinaba Reynolds.

—Joan...

—Calla. Mira..., no hay nada..., no hay mano izquierda, ni muñeca, ni antebrazo. De pronto, tengo mano, brazo, fuerza y poder... Es una maravilla de la que no quiero desprenderme. Díselo a míster Sanders. No volveré a matar, ni haré nada, hasta que él lo ordene. Pero no pienso devolver mi mano.

—Por favor, Joan...

—Ah, ah... Y no tengáis miedo. Lo tengo bien oculto. Desde este momento, he dejado de actuar.

—No... No, no... Matarás una vez más, y otra, y otra... Hay algo en ti que estaba dormido, y el poder te lo ha despertado. Irás rodando, Joan... Sé lo que digo. Se empieza como tú; te crees inalcanzable, y seguirás...

—Digo que no, Reynolds.

—Joan... Parece que todos estemos locos..., que hayamos perdido nuestra personalidad humana, total por la ausencia, en nuestro caso, de una simple mano... Yo pienso, en realidad, que ya tenemos bastante dinero... Podemos ser humanos de nuevo, no «robots» controlados y ordenados por míster Sanders... Él no nos ha hecho mejores, Joan. Nos ha hundido un poco más, en realidad. Reaccionando, y con el dinero que tenemos, podríamos vivir como todo el mundo... Joan, yo tengo cuarenta años, no soy viejo... Y tú... —La mirada del hombre recorrió el magnífico cuerpo de Joan.

Ella sonrió, con un rictus un tanto seco.

—Vamos, sigue —dijo.

—No te burles, Joan... Yo te ofrezco la oportunidad de que no estés sola... De que te conviertas en la mujer que fuiste. Yo... podría amarte y... y quizá te hiciera feliz... Es el único modo de que dejes de pensar en ese monstruoso poder..., que es tan artificial como nosotros en estos momentos. Ni siquiera somos humanos, no... Ese modo de matar... Te ofrezco algo, Joan. Soy relativamente joven y fuerte y tenemos algo para empezar...

—¿Ésas son las instrucciones que te ha dado míster Sanders para que me convenzas?

—No... ¿Lo ves? Ni siquiera puedes creer que la idea sea mía... Estamos acostumbrados a vernos y a estar juntos, reloj en mano,

operando con el tiempo medido, sin pensar, sólo ejecutando...

Joan pestañeó.

—Parece que hablas en serio, Reynolds —dijo.

—Completamente.

—Bien... Yo no te amo.

—Lo sé, Joan... Pero ¿y luego?

Joan meneó la cabeza.

—Ya sé que te gusto; me deseas. Posiblemente dejaras de hablarme de todo eso que..., en cierto modo, sería una solución, si yo me entregara a ti...

—No te pido eso, Joan. Lo que has dicho es cierto: te deseo, pero hay algo más. Te he mirado muchas veces y...

—De todos modos, Reynolds, para eso dejemos transcurrir un poco de tiempo. En cuanto al equipo, no lo devuelvo. Y dile a míster Sanders que no tema.

—Pero ¿para qué quieres ese maldito equipo? —estalló Reynolds.

—No lo entiendes... Me siento fuerte, valiente... Con mi mano, soy otra mujer. No sufro, no recuerdo... Sólo sé que puedo triunfar en todo momento...

—¿Triunfar? Joan, yo te ofrezco otra clase de triunfo: ser como todo el mundo. Entre ambos, tenemos dos manos; es suficiente.

—Lo siento, Reynolds, pero no he pensado en ti para eso...

—Tienes tiempo de pensarlo.

—Entonces, lo que me propones es que lo abandonemos todo; que nos vayamos a vivir a cualquier parte, con nuestro dinero, y ser como los demás, incluso despertando simpatías... o compasión, por... estas ausencias...

—Tú no despiertas compasión, Joan. Eres demasiado hermosa. Si yo estoy a punto de enamorarme de ti, lo mismo puede sucederle a cualquier hombre.

—Gracias; me das moral —sonrió Joan—. Lo pensaré. Y vete ya. Dile a Sanders que esté tranquilo. Y vosotros, tú y Pomeroy, igualmente. No hay necesidad de volver a matar.

—Entonces, devuelve el equipo.

—Es mío. Ha sido creado para mí.

—Pero es peligroso, Joan... Tú misma acabas de decir cómo te sientes cuando te lo pones. Tal vez no resistieras ciertos impulsos...

—Sé lo que hago.

—Bien...

—Vete. Mi hermana podría regresar; no tiene hora fija, es claro.

—Como quieras... Joan: ¿pensarás en lo que te he dicho?

—Tal vez.

Reynolds esbozó una sonrisa.

—Ya me dirás algo —murmuró.

—Sí, sí..., pero vete.

—Estás atormentada, Joan... Reacciona, por favor.

—Con la mano lo perdí todo, Reynolds... De todos modos, sé que estás en lo cierto. Mucha gente vive como nosotros. Es... cuestión de acostumbrarse y...

En aquel instante sonaba el zumbador del apartamento. Joan miró, furiosa, a Reynolds.

—Te lo dije —musitó—. Es Norma. Y no quiero que sepa...

—No pierdas la serenidad. Dime dónde puedo ocultarme, o, mejor, algún sitio por dónde escapar...

Insistió el zumbador.

—No es Norma —musitó Joan—. Ella tiene llave.

—Dios...

—Rápido, Reynolds. Sígueme.

Joan salió de la estancia, seguida de Reynolds. Pasaron a la cocina, cuya ventana daba a un patio interior, en donde estaban instalados todos los tubos de desagüe.

—Inténtalo, Reynolds —musitó ella—. Pero espera un poco antes; tal vez no haya necesidad. Es... peligroso. Y no haría bien a nadie que tu cadáver apareciese estrellado en el patio.

—No te preocupes. Tengo mucha fuerza. Ve a abrir.

Joan salió de la cocina y corrió a su cuarto, deshaciendo la cama, desgrediándose un poco y arrancándose casi a tirones el pantalón y el jersey, poniéndose un camisón de dormir, corto, transparente, que dejaba traslucir toda su figura, casi perfecta. Y así fue a abrir, tratando de estar a la altura de las circunstancias.

No disimuló en absoluto su sorpresa, al ver al señor Wells, agente del

F. B. I.,

esperando.

—Señor Wells... —musitó—. No esperaba, ciertamente, la visita

del

F. B. I.

Alzó moderadamente la voz, para advertir a Reynolds.

Reynolds, en la cocina, sintió que un reguero de sudor corría columna vertebral abajo. ¡El F. B. I...! Aquello era el desastre. A él nadie iba a convencerle de que el agente especial estaba allí por casualidad.

Por tanto, Reynolds, que ya había estudiado el terreno, saltó hacia el marco de la ventana.

Con su único brazo, rodeó un tubo de desagüe y empezó a deslizarse. Ciertamente, era un hombre fuerte. Y si bien sudaba a chorro, posiblemente a causa del nerviosismo más que a la fatiga, su descenso, si bien lento, mirando siempre a dónde ponía los pies, en los momentos de dar descanso a su brazo, era eficaz. Además, el segundo piso no tenía una altura considerable.

Tardó unos minutos en llegar abajo, flexionando perfectamente las piernas en el salto final. Luego miró en torno. Había una ventana con los cristales rotos, con huellas de abandono, mucho polvo, suciedad, todo muy oscuro. Reynolds no vaciló; se coló por aquella ventana y siguió adelante, escuchando.

Utilizó el encendedor y fue atravesando estancias, un pasillo, una puerta cerrada, metálica, ondulada; todo daba la impresión de un local de negocios en quiebra, abandonado.

Pudo salir a la calle utilizando una salida por el escaparate. Y luego echó a correr. Se detuvo en una esquina, jadeando. Había sido una imprudencia...

Si el agente del

F. B. I.,

no hubiese llegado solo... Siguió caminando, sin ver a nadie.

Instantes más tarde estaba en Washington Square, en una cabina telefónica.

Discó nerviosamente el número de míster Sanders.

—¿Quién es? —Se oyó la voz de Sanders.

—Reynolds.

—¿Qué hay?

—Un hombre del

F. B. I.,

está ahora con Joan. Lamento no haberme podido quedar a

escuchar, pero el peligro es evidente. He preferido ser rápido en comunicar a usted la noticia.

—Has hecho perfectamente, Reynolds. Pero..., ¿estás seguro que es del

F. B. I.?

—Desde luego. ¿Qué hacemos?

—Llama a Pomeroy, y ocultaros, mientras yo actúo. Dame las señas que vais a utilizar.

—Bien..., un buen refugio es mi casa de Duane Street, en el West Side. Estaré allí con Pomeroy. En cuanto a Joan..., no sé... No ha querido oír ni hablar de devolver su equipo... Y...

—No importa, Reynolds, no perdamos tiempo.

Míster Sanders había colgado. Reynolds, con el teléfono en la mano, tragó saliva.

Llamaría a Pomeroy.

VII

AUN en el rellano, Jonathan observaba a Joan, perfecta con su camisoncito transparente, con las piernas visibles, esbozada la fina cintura...

—Pase, por favor. Vaya a la salita. Iré a ponerme una bata... Me apresuré tanto porque creía que era Norma; a veces se deja la llave...

Jonathan penetró en el piso, y siguió con la mirada a Joan, mientras ella se dirigía hacia su cuarto. El hombre del

F. B. I.,

sonrió un tanto seca, torcidamente. Le sobraba belleza a Joan; magnífica belleza... Ella desapareció en su cuarto, y Jonathan, esperando, no se metió en la salita. Ella reapareció poniéndose la bata, que no pudo ceñirse al escaparse la cinta. Jonathan alargó las manos, tomó la cinta, rodeó la cintura de Joan, en silencio, y solucionó el detalle.

—Muy amable —musitó Joan.

—¿Dormía, Joan? —inquirió el federal.

—Sí... Hoy estaba muy... deprimida. No... no tenía fuerzas para salir y...

—Por favor, no siga, no se atormente.

Ella inclinó la cabeza.

—Pase y siéntese, señor Wells —dijo ella—. Hasta ahora, ni siquiera he tenido tiempo de preguntarme qué puede usted querer de mí.

Jonatán penetró en la salita y se sentó en un sillón. Frente a él, Joan. El hombre del

F. B. I.,

con mirada inexpresiva, recorrió la salita, observando medio *whisky*

en un vaso, una colilla que se había consumido sola, y una revista abierta, colocada boca abajo. Cuando miró a Joan a los ojos, observó que ella le estaba espiando, con cierta ansiedad.

—Sigo sin adivinar qué desea, señor Wells —dijo ella.

Jonathan la miraba a los ojos.

—¿Ha escuchado los boletines, Joan? —inquirió, de pronto.

—No... La verdad es que no soy aficionada a los sucesos...

—Entiendo. Ha ocurrido algo extraño. ¿Recuerda a *miss Samish*, la periodista que estuvo aquí esta mañana?

—Oh, sí...

—Ha sido asesinada.

Joan abrió mucho los ojos.

—A-asesinada...

—Electrocutada.

—¡Como Jerry!

—En efecto. Es la séptima víctima de una descarga de corriente alterna.

—Pero..., ¿por qué?

—Lo ignoramos, aunque es de suponer que debió descubrir algo sobre el asesino. Naturalmente, me veo obligado a reconstruir los pasos de *miss Samish*, y como estuvo aquí... ¿Puede decirme de qué hablaron, Joan? ¿Lo recuerda?

—Casi no hablamos... Hizo preguntas, pero yo estaba muy aturdida, y mi hermana se encargó de responderlas. Mi hermana... estuvo casi grosera. Tiene buen corazón, pero es demasiado agria... Lo cierto es que la echó de aquí... O, por lo menos, la despidió de un modo no muy delicado; ni siquiera me dejó intervenir para suavizar un poco la situación.

—Ya... ¿Dijo Nancy Samish adónde pensaba efectuar su siguiente visita?

—Pues no... No dijo nada de eso...

—Vaya. Parece que se corta de nuevo el camino...

—¿No ha descubierto nada? —inquirió Joan, mirando con una pizca de ansiedad a los ojos del federal.

—No demasiado. Pero sí algunas cosas curiosas, Joan —dijo Jonathan—. Por ejemplo, sabemos que los asesinos son tres. El número, en sí, no dice nada. Era lógico que fuesen más de uno. Pero... existen ciertas particularidades. Por ejemplo, uno de esos

tres hombres usa una pierna ortopédica. ¿Conoce a alguien de esas características, Joan?

Joan tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su inquietud. ¿Cómo era posible que el

F. B. I.,

hubiera sabido aquello? ¿Cómo?

—Pues no... —musitó—. Bien, quiero decir que no tengo amistad con nadie de esas características. En el hospital sí había gente con una sola pierna, pero... yo estaba demasiado ocupada conmigo misma, ¿comprende?

—Desde luego...

—Siento no poder ayudarle...

—Espere —atajó Jonathan—. Tal vez no lo recuerda, pero Jerry Norweck sí pudo tener amistad con un hombre así.

—No sé... No me fijaba en los muy escasos amigos de Jerry. Y, como le dije, Jerry no tenía una amistad en el sentido de la palabra. Conocidos, muchos, es claro, pero amigos no.

—Mala suerte. El grupo de asesinos se ha desviado, al parecer, de sus principales fines; el robo. Ahora se han encerrado en un círculo de crímenes sin sentido... aparente, es claro. Usted, Joan, está en ese círculo.

Joan palideció intensamente.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, casi sin voz.

—Bueno..., no he querido alarmarla...

—¿Cree que pueden querer asesinarme a mí también? —inquirió rápidamente y muy aliviada, Joan.

—Cualquiera sabe... ¿Ha salido esta tarde? ¿Se ha dado cuenta de si alguien la sigue?

Joan pensó que, después de todo, Wells no era muy listo. Era una forma más o menos discreta de preguntarle si había salido y, por tanto, tener la oportunidad de matar a la estúpida periodista.

—No he salido, señor Wells —dijo.

—Ya...

—¿No me cree? No tengo por qué ocultarle nada, ni mentirle.

—Imagino que no, Joan, pero a veces...

—Me asusta, señor Wells. Está tratando de disimular que corro peligro, pero no lo consigue... ¿Por qué han de querer matarme a mí? ¿Por qué?

—No sé... Pero voy a darle un dato: una mujer forma parte de ese grupo de asesinos; es casi seguro.

—¿U-una... mujer...?

—En efecto.

—No comprendo...

—Esa mujer pudo tener algo que ver con Norweck en otros tiempos, y, desairada, rencorosa, puede querer vengarse. Ha matado a Norweck y... No quisiera asustarla, Joan. Por tanto, como digo, sabemos que hay un cojo, una mujer y un hombre bajo y pesado, fuerte, en ese grupo. Realmente, es asombroso.

Joan tomó el medio *whisky* y lo bebió de un trago.

Con los ojos muy abiertos, mirando a Jonathan, dijo:

—Tengo miedo.

—Seréne. Yo... debo marcharme ahora... Jonathan, lanzada la caña con el cebo, tenía que esperar un poco. Tal vez se produjera alguna reacción. Iba a ponerse en pie cuando Joan, impulsivamente, se arrojó sobre él, sentándole en el sillón, quedando sobre las rodillas del federal, rodeándole el cuello con brazo y medio y temblando de un modo hasta convincente. El temblor se debía al miedo a que el federal estuviera jugando con ella. Se estrechaba contra Jonathan, quien notaba la verdad cálida y joven de aquella figura un tanto patética en aquellos momentos, desajustada la bata, como fatigado el bonito busto.

—No..., no me deje ahora sola, señor Wells... Por favor... Espere a que llegue mi hermana... Se lo ruego...

—Tranquila, Joan. En realidad, no es seguro ni mucho menos que ocurra algo...

—Quédese, quedese, quéde...

Como histérica, Joan se apretó más contra Jonathan, y le besó en los labios fuertemente; Joan olía bien, besaba bien; era ligera y suave. Y... pesaría cosa de ciento cincuenta libras; más o menos, como la mujer del grupo asesino; eso lo pudo comprobar por sí mismo Jonathan, al que ahogaba aquel beso.

—Señor Wells... —jadeó ella—. No se vaya... Si quiere..., en mi cuarto... Pero no se marche...

Y seguía pegada a él; le ofrecía los labios; ella los adelantaba.

Jonathan, sin brusquedades, consiguió quitársela de encima.

—Tranquilícese, Joan...

—Perdone... He... he sido una histérica, ¿verdad?

—No puede decirse que desagradable —sonrió Jonathan.

Ella le miró a los ojos.

—¿Lo dice en serio? —musitó.

—Sí. Usted es una mujer hermosa, Joan. Es la única verdad.

—Pero, ya ve...

—No siga.

—Espere... No se vaya. No... no le molestaré más, pero déjeme al menos tratar de localizar a Norma. Llamaré a un par de sitios, donde suele estar... Se lo ruego, señor Wells... No se marche... —Y volvió a besarle, notando, asombrada, que incluso podía llegar a sentir nuevamente pasión. Jonathan no era insensible a los besos, y ella notaba la fuerza del hombre... Su asombro se cristalizó en una larga mirada a los ojos del hombre del

F. B. I.

—Llama a tu hermana, Joan —dijo Jonathan.

—Gracias... No lo vas a creer, pero... estos besos, en principio histéricos, me... me devuelven algo...

—Lo celebro. Llámala. Procura que se dé prisa.

—Jonathan..., no hables deprisa... ¿La tienes? ¿De veras? Yo quisiera...

—Llama.

—Sí...

Joan no se ajustó la bata; se situó de cara a Jonathan, mostrando las piernas, mientras discaba un número de teléfono.

—¿Está Norma? —inquirió rápidamente al recibir respuesta.

—¡Qué Norma ni qué...! ¡Cualquiera sabe por dónde anda ésa!

Y le colgaron el teléfono.

Se mordía los labios, mientras discaba un segundo número. El primero era para engañar a Jonathan, quien sabía demasiado. El segundo... El segundo era una sorpresa para el federal. Le engañaría fácilmente. El tal Wells..., si bien era agradable, resultaba excesivamente peligroso. La respuesta a la segunda llamada. Un cauto:

—¿Sí?

—¿Está Norma? —inquirió Joan.

—¿Eres tú, Joan?

—Sí, sí...

—Muy bien, ¿qué pasa? —Era la voz de míster Sanders.

—¡Norma! ¿Puedes venir ahora mismo?

—¿Qué ocurre, Joan?

—Tengo miedo... Está conmigo el señor Wells... Eso es: el agente del F. B. I..., Sugiere que existe peligro para mí, Norma... Te ruego que vengas inmediatamente. El señor Wells no me dejará sola hasta que llegues.

—De acuerdo. Lo retienes ahí, Joan. En realidad, ya he mandado gente a salvarte. Reynolds me llamó comunicándome la llegada del hombre del

F. B. I.

No tardarán en llegar dos hombres. Matarán al del F. B. I. y te pondrán a salvo. Pero oye esto: es la última vez que te ayudo. Cuando lleguen, sin titubeos, les abres la puerta. ¿De acuerdo?

—Sí, sí... Déjalo plantado, Norma, y ven pronto.

—Hasta luego, Joan.

Y Joan colgó el teléfono.

Sonrió, como un poco más tranquila, acercándose a Jonathan.

—Jonathan..., ya te dije que si quieres...

—Siéntate, Joan. Y cúbrete.

—Perdona... No eres como la mayoría.

—Soy peor —sonrió Jonathan.

—Oh, no... Eres bueno... Jonathan: ¿de veras no te repugno?

—En absoluto.

—Bien..., no me hago ilusiones contigo, es claro... Pero ¿tal vez otro hombre...?

—¿Por qué no?

—A pesar del susto, creo que me has ayudado mucho esta noche.

Y le besó de nuevo en los labios, para sentarse luego frente él, silenciosa.

Jonathan se puso en pie.

—Voy a efectuar una llamada —dijo.

Disco el número de la Delegación, línea directa con el inspector Langley. Sonó la voz de éste:

—Langley al habla.

—Soy yo.

—¿Qué pasa, Jonathan?

—Nada importante.

—¿Nada importante? Entonces, ¿qué diablos quieres? Eh, espera... Espera... Ocurre algo; no puedes hablar claro... De no ocurrir algo, no hubieses llamado.

—Así es... Me temo haber alarmado a Joan...

—Estás en su casa, ¿eh? Claro... ¿Temes algo?

—Sí, sí...

—Ah, diablos... Ya veo:

O'Neil,

¿no?

—Desde luego, no tardaré.

—Te lo mando para allá. ¿Visto o camuflado?

—Sí... La segunda parte.

—Camuflado, de acuerdo. Atento, Jonathan.

—Es obvio.

Y colgó.

Bien..., a esperar. Miró a Joan, sorprendiendo su extraña mirada; no la había visto hasta entonces en los bonitos y muy negros ojos de Joan. Una mirada..., como extraviada, reluciente... Una chispa que desapareció casi inmediatamente.

—¿Quieres tomar algo, Jonathan? —musitó Joan—. No te molestes, Joan.

—Te aseguro que no es molestia...

—De todos modos, no; gracias.

—Bien... Esperemos que Norma no tarde... Aunque me siento mejor a tu lado.

Jonathan sonrió.

Permanecieron unos instantes en silencio. De pronto, Joan, que había permanecido muy atenta a los ruidos de la escalera, se puso en pie.

—Creo que es Norma —dijo.

Apenas hubo terminado de hablar, cuando sonó el zumbador.

—Vaya..., otra vez se ha dejado la llave —dijo—. Iré a abrir.

Salió de la salita, caminando airoosamente. Cuando estaba en el pasillo, Jonathan se puso en pie; desenfundó la automática y se situó detrás de la puerta de la estancia, atento, dispuesto a disparar al menor síntoma de peligro. Lo peor era que

O'Neill

no tenía tiempo de haber llegado. Pero..., tal vez, después de todo, fuese innecesario, y todo un gran error, una gran coincidencia.

Oyó abrirse la puerta.

Joan vio a los dos tipos, empuñando sus pistolas; dos tipos de barrio bajo, que mataban a su abuelo por dos centavos.

—Norma..., por fin...

—¡Qué Norma ni qué...! ¡Atízale!

Uno de los tipos golpeó a Joan en la barbilla, con la punta de la pistola. Joan no tuvo tiempo de mostrar su asombro. Cayó de bruces, quedando desvanecida, con los ojos de los dos tipos fijos en ella, en sus formas.

Se hicieron una seña.

—Bueno, lista —dijo uno—. Lárgate. Yo me ocupo de esperar a la hermana.

—De acuerdo.

Se cerró la puerta.

Y desde la salita, Jonathan sonrió torcidamente, oyendo acercarse al par de gazapos. No había prisa; los nervios de Jonathan estaban perfectamente templados. Y la espera, en definitiva, no fue muy larga. Uno de los tipos saltó primero a la salita, haciendo arco con su automática. Al no ver a nadie, giró, ceñudo, sin comprender. A ellos les habían dicho que habría un tipo en aquella casa, que le despanzurraran...

Ocurrió que lo único despanzurrado allí..., de momento, fue la nariz del primer gazapo, quien, al volverse, recibió la puerta lanzada por Jonathan en plena nariz. La sangre brotó inmediatamente, los ojos del tipo se llenaron de lágrimas, y el segundo golpe le tiró de espaldas, y le privó de la automática.

El otro tipo, que había saltado poco después, permaneció unos instantes sorprendido, sin reaccionar, hasta que vio asomar a Jonathan. Entonces, demasiado nervioso para resultar efectivo, hizo fuego dos veces, y las balas se clavaron en la pared.

Jonathan, por su parte, le tiró al hombre derecho; el plomo se alojó en el lugar previsto, y el tipo giró de un modo extraño, chillando, pero dispuesto a disparar de nuevo. La segunda bala de Jonathan partió hacia el elemento y..., ¿por qué giraba de aquella manera? El plomo le abrió un boquete en la nuca y otro de salida en la boca, como si lo hubiese vomitado.

Fulminado, el tipo cayó de cara contra el suelo.

El otro, sacudiendo la cabeza, y tratando de aclarar su visión, liado a manotazos con las lágrimas, quiso saltar hacia su pistola.

Jonathan, completamente tranquilo, extendió el pie.

Como si tuviera imán; la barbilla del tipo se estrelló contra la puntera del zapato del hombre del

F. B. I.

El tipo chilló y rodó, demasiado cerca de la pistola. Iba a insistir, pero Jonathan se le echó encima, peinándole con el cañón de su automática; lo curioso fue que la raya del peinado resultó rojiza y el gazapo, loco de dolor, se encogió, gimiendo.

Jonathan soltó un suspiro y quedó ante él, mirándole.

Bueno..., no parecía que fuesen los asesinos eléctricos...

—Espabila pronto, muchacho, que tenemos que hablar —gruñó Jonathan, atizándole un suave rodillazo en una oreja.

Luego, Jonathan, tras asestar un puntapié a la pistola del tipo, alejándola, se acercó a la puerta. Vio a Joan, que se incorporaba, como aturdida. Al ver a Jonathan, Joan no sabía cómo reaccionarse limitaba a mirarle, esperando algo.

—Bueno..., parece que, en efecto, querían matarte, Joan —dijo el hombre del

F. B. I.

—S-sí...

—Ve a despejarte un poco, Joan. Y vístete. Éste no me parece lugar seguro para ti.

—Voy, sí...

Ella corrió hacia el lavabo.

No, no... A ella no la engañaba nadie. Jonathan ya sabía a qué atenerse, porque ella había sido muy torpe... Ella había llamado Norma a aquellos dos tipos, y Jonathan, forzosamente, tuvo que notarlo. No hay por qué creer imbécil a un hombre del

F. B. I.

Y, claro, aquello la hacía muy sospechosa ante los ojos del federal... Por otra parte, Sanders la había engañado: enviaba dos hombres, sí, pero para matarla a ella también; a ella, y a Jonathan, del

F. B. I.

A ella, porque le inquietaba, porque era un estorbo. Y al del

F. B. I.,

por motivos obvios. Si Jonathan la detenía a ella, Sanders estaba perdido.

Entonces tenía que luchar contra todos...

Salió del cuarto de aseo y se metió en su dormitorio, vistiéndose rápidamente: jersey, una minifalda y su abrigo granate. Era impotente con aquello, pero... tenía algo que le confería un poder que alguien iba a comprobar, sí... Y hasta Reynolds y Pomeroy; todos los que sabían que ella era la asesina. Y huiría..., con mucho dinero. Y su poder con ella, para cuando fuese necesario.

Antes de salir del cuarto, trató de captar qué ocurría en la salita.

Oía voces...

—... ahí quieto... Vamos, muchacho, empieza.

Pero el gazapo no quería estar quieto.

Se lanzó contra las piernas del federal y le derribó por sorpresa. Había lucha...

Joan no quiso perder más tiempo.

Salió del cuarto, corriendo, hacia la puerta del piso. Al pasar frente a la salita, vio a los dos hombres enzarzados. Casi riendo, se largó del piso.

Alguien iba a lamentar aquello.

VIII

POR su parte, Jonathan se puso algo nervioso al comprender que Joan huía, a menos que O'Neil

estuviera ya abajo; recibió un par de puñetazos en el rostro, lo cual le enfureció. Ya decididamente se lanzó a un ataque a fondo contra aquel tipo, realizando en dos segundos una llave de estrangulación, de «judo», que dejó al otro al borde de la muerte, amoratado el rostro.

Sin soltarle aún, Jonathan le puso en pie; luego, se serenó, y de un zurdazo le mandó, manoteando, casi sin sentido, a sentarse en uno de los sillones de la salita. El tipo jadeaba, tratando de recobrar la normalidad respiratoria. Diablos..., ¿aquél era el tipejo al que tenían que despanzurrar?

Jonathan comprendió que era inútil seguir a Joan; confiaba en O'Neil,

no obstante. Y aquel hombrecillo bien podía ser una nueva clave.

—¿Quién eres? —inquirió Jonathan.

—Marco Antonio.

—Encantado. Yo, Jonathan Wells, del F. B. I... ¿Te ocurre algo?

La lividez del gazapo era espantosa en aquellos momentos. Sus ojos estaban redondeados; parecían querer saltar de las órbitas.

—N-no es posible... —musitó—. ¡Del

F. B. I.!

Oiga..., le juro que no lo sabíamos... Se lo juro... ¿Nos cree idiotas? Tiene que creerme, ¿lo oye? Llegó un tipo allá, al Chino, y nos contrató a ambos... Nos pagó quinientos a cada uno al contado. Mire..., no le engaño —extrajo el dinero—. Quinientos... El tipo, el cochino, nos engañó; no nos dijo que usted era del F. B. I..., De lo

contrario, ¿de qué? El maldito... ¡En menudo lío me ha metido...!

—Bueno, tranquilízate, Marco Antonio... —sonrió Jonathan, irónico—. Voy a creerte. Pero dime cómo era ese tipo, si lo habíais visto alguna vez, si sabes dónde vive... Todo eso.

—No... Le veíamos por primera vez. Nos dijo que un guapo estaba con su chica, y que teníamos que liquidar a ambos...

—Entiendo. Por tanto, es todo lo que sabéis.

—Así es...

—Está bien..., Marco Antonio. Veamos, describe al tipo.

—Bueno..., como yo de alto; mediano, vamos. Elegante, ¿sabe? Lo más fácil para reconocerle es que lleva barba; barba gris, y es canoso. El muy marrano... Le... le... De saber que la cosa iba con el F. B. I... ¡Imagínese...!

Jonathan estaba furioso. De aquel elemento no iba a obtener ni una palabra más. En definitiva, un tipo con barba, elegante, de mediana estatura; como si Nueva York fuese una aldea...

—Marco Antonio: ¿te fijaste si el tipo era cojo, o manco, o algo por el estilo? —inquirió Jonathan.

—No lo parecía...

—Está bien. Quédate quieto ahí, ¿de acuerdo? Si hay que pelear de nuevo contigo, te rompo el cuello.

Jonathan, entonces, se acercó al teléfono, descolgó y llamó al inspector Langley.

—¿Qué hay, Jonathan?

—En primer lugar, quiero saber qué es de O'Neil.

—Tranquilo, tranquilo... No hace ni dos minutos que me comunicó por radio que iba detrás de Joan. Me advirtió que tú no salías, y que podía haberte ocurrido algo. Ahora íbamos para ahí.

Jonathan suspiró fuerte.

—Perfecto... —dijo—. Nos vamos acercando, señor. Aquí, con mandar una ambulancia y un par de muchachos para hacerse cargo de uno que dice ser Marco Antonio, está listo. Tienen que mantenerme en contacto permanente con O'Neil.

Voy a quedarme aquí, y espero su llamada, señor. Oh, es claro que Joan está relacionada con ese grupo de asesinos. Por varios detalles. Hasta luego.

Jonathan colgó el teléfono. Miró ceñudo a Marco Antonio.

—Levántate y ven conmigo, muchacho.

—Me llamo Joe...

—Pues andando, Joe. Vamos a oler un poco el delicioso perfume de la nena del barbas, ¿eh? Veremos si hay alguna sorpresa.

Fueron ambos hacia el cuarto de Joan. Y tras diez minutos de registro, Jonathan se dio por vencido. Allí no había nada de particular. Nada. Todo vestiditos lindos, ropita fina... Salieron del cuarto y poco después llegaba la ambulancia del Servicio, y dos agentes especiales, que inmediatamente se ocuparon de Joe, quien lloriqueaba, maldiciendo su suerte, y a todos los tipos con barba.

Se largaron todos, excepto Jonathan, quien, fumando, esperaba la llamada del inspector Langley, con respecto a la situación de O'Neil

y Joan. Se impacientaba por segundos. Y un instante más tarde, resoplaba, al oír introducirse un llavín en la cerradura del piso. Luego, el taconeo algo pesado de Norma. Y ésta que miraba hacia el interior de la salita.

—¡Señor Wells! —exclamó—. ¡Qué...! ¡Hip! ¡Qué sorpresa...! ¿Y... y mi hermana? ¡Hip! ¿Duerme?

—No. No está, Norma.

—Pero..., oiga... Esto es sangre... ¡Estas manchas, sí! ¡Hip...! ¿Qué significa esto?

—Le hace falta un *whisky*, Norma. Tómelo y luego hablaremos, ¿eh?

—Sí...

Norma tiró el bolso, un zapato, y, tambaleándose, fue hacia la estantería donde estaban las botellas. Tomó la de *whisky* y se sirvió una ración fuerte. Luego miró a Jonathan y empezó a beber. Cuando la cosa podía empezar a complicarse, sonó el teléfono.

—Es para mí —dijo Jonathan—. ¿Señor?

—Pensión Holmes, calle Bayard, esquina a Baxter.

—Perfecto. Hasta pronto.

Colgó el teléfono.

—Ahora vuelvo, Norma —dijo—. No te muevas de aquí, ¿de acuerdo?

—Pero... ¡hip...! Todo esto es... ¿Y... y...?

Jonathan salió del piso resoplando.

Poco después estaba en la calle, corriendo en busca de su coche. Y unos segundos más tarde, rodaba hacia el sur, a la calle Bayard, en mitad de Chinatown.

Se destacó la sombra de
O'Neil

y Jonathan caminó hacia él. Se metieron en un portal.

—¿Y bien? —inquirió Jonathan.

—Localizada. La pensión está tres portales a la izquierda. Me he enterado de que está inscrita en la habitación, doce. Se inscribió esta misma tarde, bajo el nombre de Nela Fontana. Eso es todo lo que saben de ella. Hubiese subido yo, pero preferí esperar que llegases. Hace cosa de quince minutos que está dentro, en su cuarto.

—Voy a subir,

O'Neil.

—¿Y yo?

—Cúbreme de cerca. Hasta ahora, no he visto la electricidad por parte alguna, pero... No perdamos tiempo, ignoramos si ella conoce otra salida de la pensión.

—Cuando quieras, Jonathan.

El hombre del

F. B. I.,

echó a andar hacia la pensión. Allí, un viejo canoso, de ojos saltones y con un guardapolvo lleno de manchas, enmudeció cuando Jonathan le mostró sus credenciales de agente especial del

F. B. I.

Y Jonathan siguió su camino. Primer piso, habitación doce. Se filtraba luz por debajo de la puerta. Jonathan se humedeció los labios. Llamar era tanto como poner en guardia a Joan. Y... empujar, ignoraba qué resultados podía dar. No obstante, al final, se decidió por la sorpresa. Lanzó su hombro contra la puerta, que cedió con menor resistencia de la que Jonathan esperaba. El hombre del

F. B. I.,

quedó casi en el centro del cuarto, con luz mortecina; una pequeña bombilla colgada del techo era todo. Y de un punterazo entornaba la puerta, sin dejar de mirar el exótico espectáculo, de una Joan que estaba como petrificada, lívida, con los ojos hieráticamente fijos en

Jonathan.

Jonathan, tras el primer momento de asombro, avanzó hacia ella.

Joan ni se movió.

Se limitaba a morderse los labios.

Estaba casi desnuda, con su brazo postizo colocado, los correajes asegurando la fina cintura, con las dos cartucheras; los pantalones de cuero con su peto estaban a medio camino, y sobre el lecho estaba el tres cuartos de cuero, las botas en el suelo, y el jersey amarillo y el pañuelo junto al chaquetón.

—De acuerdo, Joan... —musitó Jonathan—. Termina de colocarte los pantalones, y ponte el jersey. Hablaremos más tranquilamente.

Joan obedeció, en silencio; terminó de ponerse el pantalón, que se amoldaba perfectamente a su figura, y luego se colocó el jersey. Su mano ortopédica izquierda se movía con rara perfección, aunque, por supuesto, había algunos fallos. La mecánica, la prótesis, no podía imitar de un modo total la elasticidad natural humana.

Joan, vestida con el pantalón de cuero y el jersey amarillo, se sentó.

De sus ojos empezaron a resbalar lágrimas.

—¿Sabes qué estoy pensando, Joan? —inquirió Jonathan.

—N-no sé...

—El de la barba tenía razón al enviar gente a matarte. Tú sola; completamente sola, has destruido algo que, en verdad, hubiese estremecido los cimientos del Departamento de Justicia en Washington. Le has estropeado algo realmente estupendo al hombre de la barba. Hay que comprender su furia. Tus dos crímenes estúpidos, que nada tenían que ver con robos, han sido el final de algo que empezaba con mucha fuerza... Primero, tu novio, por despecho, por venganza. Luego, la periodista... ¿Por qué a ella, Joan?

—Ya no puedo disimular, ¿verdad? Ni mentir...

—No conduciría a nada, por supuesto.

—¿Sospechabas de mí?

—Era forzoso, cuando supimos que una mujer integraba el grupo de asesinos. Las muertes de Jerry y la periodista te apuntaban de un modo rectilíneo. ¿Por qué a ella, Joan?

—Me reconoció —musitó Joan.

—No comprendo.

—Fue puro azar... En la fiesta del médico, en nuestra segunda operación... Ella escribía también sobre sociedad, y estaba cerca de la quinta cuando nosotros, tras ultimar el robo, huíamos. La periodista me vio el rostro, pero... no estaba segura de nada. Cuando me vio en mi casa, relacionada con el crimen de Jerry, comprendió que me tenía en sus manos. Sin embargo, no me lo dijo en aquel momento, cuando nos quedamos mi hermana y yo con ella, a solas. Me llamó por teléfono más tarde y me dijo que me esperaba en su casa, que me convenía ir... Me contó su descubrimiento. Y... fui a su casa... La maté. Ella quería tenerme allí, distraída, pero oí perfectamente que te citabas con ella. No podía estar allí aguardando tu llegada... Fue necesario matarla, no un capricho... En realidad, me ha perdido Jerry... Siempre me ha hecho daño. Primero, al abandonarme. Luego, porque su muerte ha sido mi ruina...

—Está bien, Joan. ¿Quiénes son los otros del grupo?

Joan meditó unos instantes.

—El de la barba se llama Sanders; es el jefe, en realidad. No interviene de modo directo en las operaciones, pero es quien las prepara. Es muy minucioso, exacto siempre. Las estudia con mucho tiempo, sin prisas... Todo salía bien, pero vosotros, el

F. B. I.,

en definitiva, ha descubierto demasiadas cosas. Por ejemplo, que éramos tres; una mujer, un cojo... y otro hombre, fuerte y bajo.

—Pero sólo con eso no hubiésemos ido muy lejos, Joan. Tengo que confesarlo así. Sigue con Sanders.

—Tiene un negocio en la calle Essex, esquina a East Houston.

—De acuerdo... —suspiró Jonathan—. ¿Qué clase de negocio?

Joan se miró la mano izquierda; se quitó el guante, lentamente, mirando, maravillada, sus deditos artificiales.

Los mostró, sonriendo de un modo extraño, a Jonathan.

—Un negocio muy humano —dijo Joan—: prótesis.

—Entiendo...

—Le conocí en el hospital. Cuando a alguien le amputaban un miembro, míster Sanders se interesaba por su negocio, ofreciendo el sustituto, artificial. Reconozco que hay gente que reacciona mejor

que otra en casos como el ocurrido conmigo. Yo... me sentía resentida, empecé a odiar gente de pronto; algo malo se despertó en mí... Sanders me visitaba a menudo, y me hacía veladas insinuaciones, que, en principio interpreté... equivocadamente, ya sabes; creí que quería algo de mí... Y no. Se trataba de algo que me encantó, especialmente cuando hicimos la prueba de mi mano — agitó los dedos ante el federal.

—Entonces, Sanders ha reclutado inválidos, más o menos, para sus actividades. Su ortopedia, hay que reconocerlo, es magnífica...

—Obras de arte, Jonathan... Verdaderas obras de arte. La pierna del cojo, un brazo del bajo y fuerte y mi mano... Todos nos sentimos como hipnotizados por aquel hombre... Yo fui la última en llegar. Los otros ya estaban utilizando como entreno sus miembros, y todo iba perfectamente. Yo me amoldé inmediatamente... Fueron sesiones muy duras algunas veces, pero... equipados como me ves ahora, a ninguno se nos notaba el defecto... Eso nos hacía sentirnos otros...

—Joan..., creo que delatas a Sanders por venganza, porque ha querido matarte; pero no mencionas a los otros dos.

—No... No quiero hacerles daño.

—Es inútil. Sanders hablará.

—Él puede hacer lo que quiera. Pero yo no pienso delatarles.

—En fin... Tienes que hacer otras muchas declaraciones, Joan. La forma de matar, lo que hacéis con el dinero... Sanders se arriesgó mucho con el atraco a la furgoneta de una industria protegida por el Gobierno federal. Hay que hablar mucho aún, Joan... Quizás horas...

—¿Me conduces a la Delegación?

—Es mejor que estés allí, Joan.

—Me compadeces, ¿verdad? Sólo soy una manca trastornada... Una pobre inválida resentida, con el cerebro desquiciado... — musitó Joan—, ¿no es eso? Jonathan..., dame un cigarrillo, por favor.

Jonathan le tendía el cigarrillo.

Joan, con una sonrisa, avanzaba sus dedos de la izquierda...

IX

F_{UE}

O'Neil

quien gritó:

—¡Cuidado, Jonathan! ¡Esa mano...! Jonathan perdió unas décimas de segundo mirando hacia la puerta, por la que acababa de aparecer

O'Neil,

crispado, muy pálido, empuñando su automática.

Y coincidiendo con la reacción de los agentes del

F. B. I.,

Joan emitió un grito de rabia y lanzó su mano izquierda hacia el rostro de Jonathan como si tratara de arañarle. Pero

O'Neil

no perdió el tiempo. Su pistola tronó en la estancia, pobre y pequeña, y el plomo fue recto a la mano de Joan. Y otro plomo.

Se produjo, casi simultáneamente con el choque de los plomos contra la masa de la mano ortopédica, una extraña reacción, como una explosión ahogada, y Joan, aterrada, vio retorcerse su preciosa mano izquierda, mientras que la materia plástica que la recubría se quemaba rápidamente, mostrando el armazón, y unos hilos eléctricos retorcidos, en contacto entre ellos, que lanzaban chispazos. Y seguía quemándose rápidamente el plástico, de modo que en cuanto llegara al codo quemaría la carne de Joan, cuando ya su jersey amarillo empezaba, asimismo, a arder.

Joan, en pie, aterrada, no acertaba a realizar movimiento alguno. Parecía hipnotizada por aquellos hilos que soltaban chispazos, y el fuego estaba consumiendo la totalidad del plástico.

—¡Ayúdame,

O'Neil!

—gritó Jonathan.

O'Neil guardó la pistola y se precipitó en ayuda de Jonathan, quien, sin miramiento alguno, cortó y arrancó a tirones el jersey de Joan, que estaba al borde del desmayo. Una vez el jersey fuera, Jonathan miró los correajes, tratando de adivinar en un segundo cómo quitarlos sin peligro.

—¿Cómo, Joan? —inquirió, sudoroso—. ¡¿Cómo se quitan?!

Joan, entonces, se desplomó desvanecida con un grito cortado cuando el plástico que recubría el armazón de la prótesis llegó a chamuscar su muñón.

O'Neil había extraído una navaja del bolsillo y observaba con una mueca de horror los chispazos de los cables instalados en la mano postiza de Joan.

Por su parte, Jonathan, rodeándose la mano con el jersey amarillo de Joan, tomó el cuchillo y rasgó el cuero de los correajes. Tardó casi medio minuto en la operación, pero evitó que el fuego causara más daño en la carne propia de Joan. Una vez retirados los correajes del cuerpo de Joan, los cables dejaron de soltar chispazos. Y todo quedó a un lado, como muerto, silencioso... Los correajes, las dos cartucheras, los cables interiores, el armazón de la mano ortopédica, con muñeca y antebrazo...

Y Joan con su triste ausencia...

O'Neil tragó saliva.

—Dios... ¿Te das cuenta, Jonathan? Si te llega a tocar con esa mano...

Jonathan mostró una sonrisa de circunstancias.

Unas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—Fui torpe,

O'Neil...

Debí comprenderlo...

—Bueno, no creas... Yo sólo me fijé en su expresión... Era de triunfo; incluso cruel... La expresión de quien siente un poder invencible y va a utilizarlo... Se supone que los demás irán equipados de un modo parecido. Bien..., ya sabemos cómo quedaba electrocutada la gente. Bastaba con que Joan pusiera la mano en un cuerpo conductor de electricidad o un contacto directo... La corriente alterna hacia lo demás en segundos... En esas cartucheras

tiene que estar la explicación de cómo se generaba la electricidad...; bueno, ya se encargarán de eso nuestros expertos.

—Desde luego.

Joan estaba abriendo los ojos. Parecía asombrada de estar viva. Ni ella ni los dos hombres reparaban en su busto, casi desnudo... Fue

O'Neil

quien, cuando ella se incorporó, le puso el jersey por encima.

Joan, aturdida aún, miró a los dos federales.

Luego sus ojos, llenos de lágrimas, se posaron en aquellos cables retorcidos y los correajes cortados, restos de su poder.

—¿Te sientes mejor, Joan? —inquirió Jonathan.

—No-no sé...

—Creo que es mejor que pases inmediatamente a un centro de recuperación. No sé qué ocurrirá con vosotros, Joan, no lo sé... No obstante, ha habido un monstruo, un ente canallesco que ha jugado con vuestra inadaptación... Os cebó del mejor modo... para él, es claro. Erais sus servidores... Y vuestros cerebros, en realidad, necesitaban más tratamiento que vuestros muñones. Bien..., lamento tener que hablar así. Joan: piensa que los otros dos del grupo pueden hacer tanto daño como tú y es necesario...

Ella meneaba negativamente la cabeza.

—¿No? —inquirió Jonathan.

—No... Sólo yo disponía de eso...

—¿Tú? Entonces... ¿siempre has matado tú?

Ella tragó saliva.

—Sí...

—Por Dios...

Joan les miró a ambos.

—E-es... es horrible... Es horrible, ¿verdad? Yo... yo no sé lo que me ocurría... Jonathan..., lo diré todo..., ¡todo! Desde el principio... Ese hombre, en el hospital...

—Eso ya lo contaste —murmuró Jonathan dirigiendo un significativo vistazo a

O'Neil.

O'Neil asintió con la cabeza y salió del cuarto. Bastaba una llamada por radio para que una ambulancia recogiera a Joan y la trasladase a un centro especializado... en psiquiatría. Y era

necesario encontrar a los otros dos, tuviesen o no medios para electrocutar. En cuanto a lo que pudiera ser de Joan una vez restablecida...

Joan lloraba silenciosamente en el cuarto.

Jonathan se sentía muy mal.

Ella le miró entre lágrimas.

—Jonathan..., he estado a punto de matarte...

—Déjalo, Joan. Es preciso que me digas dónde podemos encontrar a los otros dos. Es posible que Sanders, viendo mal parado el asunto, trate de eliminarlos como a ti. Y todo lo más rápidamente posible. Sanders, casi seguro, está esperando noticias de los hombres que envió a matarnos; pero forzosamente se alarmará ante la ausencia de noticias y tal vez quiera huir... Es un favor que les haces a los otros dos, Joan. Piénsalo bien. Y ellos... no han matado...

—El bajo y fuerte es Reynolds. Vive en la 2, el 70. El cojo es Pomeroy, y vive en Wooster, el 99, junto a la parada de «Metro» de Prince.

—Está bien...

—Ellos no... no disponen de sus prótesis en estos momentos... Sanders sólo nos las dejaba para actuar... Yo se la robé esta tarde para matar a la periodista...

—De acuerdo, Joan. Ponte el chaquetón o el abrigo, lo que prefieras.

Joan se puso el abrigo en silencio.

Llegaba

O'Neil

en aquellos momentos.

—Vienen hacia aquí, Jonathan —dijo.

—Vamos al coche.

—Pero...

—Ni tú ni yo podemos perder tiempo esperándoles; sobre la marcha rectificaremos su dirección, y en paz. Compréndelo: no es solución tampoco dejar aquí sola a Joan. Al coche.

Bajaron todos sin la menor interferencia. Ya en la calle, cargada de humedad, de bruma que se estaba intensificando, caminaron hacia el coche que utilizaba

O'Neil,

con radioteléfono. Colocaron a Joan entre
O'Neil

y Jonathan, y el primero puso el coche en marcha.

—Tú guías, Jonathan.

—Primero, a Essex. Luego nos ocuparemos de los otros dos hombres.

—De acuerdo.

O'Neil maniobró con el coche para dirigirse a Essex Street.

Joan dijo:

—Tengo mi parte del dinero en casa, Jonathan... No me atrevía a ingresarlo en algún Banco, y, por otra parte, siempre lo hubiese tenido disponible en cualquier momento... Norma, es claro, lo ignora todo... Pobre Norma...

—Ya nos ocuparemos de eso a su debido tiempo —dijo Jonathan ceñudo.

—Por los detalles, piensas que no estoy totalmente desquiciada, ¿verdad? —musitó Joan.

—Algo de eso hay.

Y Jonathan, furioso, se ocupó de comunicar por radio el lugar al que se dirigían con Joan; que la ambulancia les siguiera para hacerse cargo de ella inmediatamente. Los psiquiatras, por un lado, y los jueces, por otro, sabrían cuál había de ser el futuro de aquella mujer hermosa que tuvo un tropiezo y no supo reaccionar..., aunque, claro, tampoco la ayudaron.

Luego comunicó también las señas de Reynolds y Pomeroy; que fuesen inmediatamente a buscarles.

Una vez todo listo, extrajo el paquete de cigarrillos. Un instante más tarde todos fumaban en silencio.

—No entraremos por la puerta principal. Primero porque a estas horas está cerrada —dijo la mujer—; segundo, porque en la trastienda, donde solemos reunirnos con Sanders, es donde éste establece su cuartel general. Allí tiene todo el dinero que le ha correspondido de los robos y sus planos y proyectos para nuevas operaciones... Yo guiaré hacia la entrada de esa trastienda.

—Muy bien. Adelante.

—Entre por esa bocacalle.

O'Neil fue siguiendo las indicaciones de Joan, hasta que ésta dijo:

—El segundo portal de esa esquina.

Entonces

O'Neil

frenó.

—Bien. ¿Vamos? —inquirió

O'Neil.

—Abajo, Joan. Sigue guiando —dijo Jonathan.

El hombre tiritaba entre la bruma, cerca de una vieja casa del West Side. Un hombre delgado, macilento, que usaba una muleta. Junto a él, Reynolds estaba atento a la casa, con una rara mirada.

—Mira, Reynolds, voy a morirme de frío... ¿Por qué no entramos? Es tu casa y nadie...

—No, Pomeroy, espera. Están ocurriendo cosas muy graves y en modo alguno pienso confiarme. Mutilado y todo, siento deseos de vivir. ¿Sabes una cosa? Le propuse a Joan que se casara conmigo. Bueno, no le hablé de matrimonio; pero si las cosas salieran bien, que lo dudo, eso es lo que haríamos: casarnos.

—Felicidades. Pero si un día te asa, allá tú.

—Oh, no... Al matrimonio iría sin su... instrumento. Pero, digo, no creo que las cosas salgan bien.

—¿Por qué no, Reynolds?

—No vale la pena hablar. Tú sigue atento. Y es claro que me gustaría equivocarme.

—No te entiendo...

—Calla.

Pomeroy calló. Los dos hombres, pegados a la valla de un solar muy oscuro, cerca del río y desde donde veían perfectamente la casa de Reynolds en West Side, permanecían silenciosos, inmóviles, a excepción de los tiritones de Pomeroy. Cuando ya el silencio empezaba a pesar y Pomeroy quiso protestar de nuevo, Reynolds le atajó con un ademán e hizo una seña.

Un coche oscuro llegaba en aquellos momentos a la esquina, deteniéndose silenciosamente. Dos hombres se apearon. Los tipos echaron a andar sin demasiado disimulo en dirección a la casa de Reynolds. Y los dos tipos, ya frente a la puerta, hicieron un gesto muy significativo.

Reynolds miró a Pomeroy.

—¿Lo ves? —Gruñó.

—Sigo sin comprender.

—Oh, vamos, Pomeroy... Se trata, sencillamente, de que míster Sanders tiene miedo y quiere eliminarnos. Estoy completamente seguro de que con Joan ha intentado lo mismo. Pero con Joan había un hombre del

F. B. I.,

y te aseguro que éstos no son mancos. Nosotros poco podríamos hacer contra esos dos asesinos.

—Maldito Sanders...

—Sí...

—¿Y qué hacemos, Reynolds?

—Espera.

—¿Qué es...?

—Mira: van a entrar. Es, por tanto, nuestra oportunidad.

—¿De qué?

—¡No seas tan infeliz, maldita sea! A veces me pregunto si realmente hemos sido nosotros los causantes de esos robos, de esos crímenes... Lo tendremos que pagar, Pomeroy, eso es seguro. Si atrapan a Joan, y está atrapada, pagaremos todos. Pero... se me ocurre una idea: primero, Sanders. De modo que andando.

—¿A dónde?

—¡Al coche! —estalló Reynolds—. ¿No lo entiendes? Ellos han entrado, nos buscan. No imaginan lo que ocurre; cuando salgan se encontrarán sin el coche. Y nosotros podemos volar, más o menos, en busca de Sanders.

—Pero conducir con una sola mano...

—Con una sola mano he hecho cosas más difíciles. Corre.

Toc-toc...

Toc-toc...

Toc-toc...

Los dos hombres, agazapados, algo jadeantes, consiguieron llegar hasta el coche. Reynolds fue el primero en introducirse en el vehículo, y le siguió Pomeroy; cuando apenas había cerrado la portezuela, el coche se ponía en marcha.

Reynolds rió silenciosamente.

—Ha sido fácil, ¿no? —dijo.

—Pero aún tengo miedo. Reynolds..., este coche podría

servirnos para largarnos de Nueva York. Vayamos a recoger nuestro dinero y desaparezcamos. La Ley se encargará de Sanders.

—¿Y por qué no nosotros?

Pomeroy meneó la cabeza.

—Me he arrepentido muchas veces de haberme metido en esto, Reynolds —musitó—. Una cosa es tener la pierna fabricada por Sanders, con la que me sentía tan seguro como con la mía propia, y otra... ver esa muleta... Y no es sólo eso, Reynolds. Ver morir a la gente electrocutada, sin el menor vestigio de piedad por parte de Joan...

—No la culpes a ella de todo, Pomeroy. Los asesinos eléctricos somos todos, aunque no cabe duda de que el principal es Sanders. Y, de verdad, yo muchas veces he pensado con horror en todo lo que hacíamos, transformados por ese hombre... Pero es tarde para arrepentimientos; desgraciadamente, es tarde. Se trata de luchar. Y si sobrevivimos y podemos largarnos, dudo mucho de que esos centenares de miles de dólares que tenemos nos hagan felices.

El coche, conducido por una sola mano, se deslizaba velozmente, con escaso tráfico a aquellas horas, y menos por el barrio sur, en dirección a Essex.

—¿Por qué no telefoneamos a Joan a ver qué ha ocurrido? —inquirió Pomeroy.

—Eso puede esperar.

—¿Y si en lugar de matar nosotros mismos a Sanders, y sin que yo vea cómo, llamamos anónimamente al

F. B. I.?

—Tonterías. Estoy seguro que el

F. B. I.,

no necesita esa llamada. Y ya estamos. Vamos a apearnos aquí, Pomeroy —frenó—. Vamos, apéate; nos acercaremos a la trastienda.

—¿Tienes algún arma?

—No te preocupes.

—Me gustaría no haber conocido a Sanders —musitó Pomeroy.

—Basta ya. Andando.

Asomaron por la esquina del callejón de la trastienda.

X

ESTABAN a punto de echar a andar cuando Jonathan hizo un gesto a O'Neil.

Éste, por unos instantes, unos segundos, quedó quieto, fruncido el ceño.

Toc-toc...

Toc-toc...

—Ocúltate con Joan —dijo Jonathan—. Procura que no escape, O'Neil.

Todo irá mejor para ella si en lo sucesivo se muestra dócil.

—No escaparé —musitó Joan.

—Está bien. Ocúltate,

O'Neil.

O'Neil tomó del brazo derecho a Joan y la condujo hacia un portal oscuro, casi junto a la trastienda de Essex. El sonido de la muleta se acercaba por momentos. Jonathan, con su automática empuñada, se ocultó a su vez, atento a la esquina de la que provenía el sonido de la muleta. Por otro lado, y ya bastante cerca, se percibían zumbidos de motores, sin otro sonido que les identificara; aquéllos, sin duda, serían los coches del

F. B. I.,

y la ambulancia.

Jonathan, por fin, vio a los dos hombres.

Un tipo bajo y fuerte, sin brazo, y el cojo...

Dios..., ¿era posible?

Ambos avanzaban hacia la trastienda con precauciones. Y entonces sonó la voz de Jonathan:

—¡Alto!

¡F. B. I.!

Los dos hombres quedaron un instante como clavados en el suelo. Luego se oyó la voz de Reynolds:

—¡Corre, Pomeroy! ¡Al coche!

Reynolds dio media vuelta y echó a correr, mientras Pomeroy casi sollozaba, impotente, mirando hacia atrás y viendo a Jonathan que le daba fácilmente alcance.

—¡Deténgase, Pomeroy! —gritó Jonathan.

Pomeroy se detuvo, sí, con la espalda apoyada en una fachada y blandiendo la muleta, desencajado el rostro, sudoroso, tratando de golpear a Jonathan. Éste, sereno, esquivó un golpe y aferró las manos de Pomeroy con las suyas. Forcejearon un instante, pero las fuerzas de Jonathan eran muy superiores a las de Pomeroy, quien tuvo que ceder.

—Basta ya, Pomeroy. No se mueva de aquí. Reynolds ha hecho mal en huir. No llegará a parte alguna...

En aquel instante se percibía el ronquido del motor. Jonathan, con el ceño fruncido, corrió hacia la esquina y vio que un coche negro arrancaba en aquel instante con Reynolds en el interior. Sin descomponerse en absoluto, Jonathan apuntó a las ruedas del coche. Todos aquellos hombres y Joan tenían que ser juzgados. No era él, ni siquiera el quién debía dictar sentencia.

Tiró contra la rueda trasera derecha e hizo impacto. El coche rechinó, dando un bandazo hacia la izquierda. Entonces Jonathan corrió hacia el vehículo, que se estaba enderezando, maniobrando de modo que le podía atrapar de frente. Las luces del coche casi cegaron a Jonathan, quien, además, oyó, muy potente, el ronquido del motor, que lanzaba hacia adelante el vehículo; es decir, contra Jonathan.

El hombre del

F. B. I.,

con espectaculares reflejos, saltó hacia la acera, disparando de nuevo contra las ruedas; alcanzó la izquierda delantera, y el coche perdió el control. Con una sola mano, Reynolds no pudo dominarlo por segunda vez y...

Fue escalofriante.

Tras un choque contra una fachada y una explosión, el coche, aplastado, ardía con Reynolds dentro, sin que Jonathan

humanamente pudiera hacer nada por impedirlo.

Llegaba corriendo

O'Neil

en aquellos momentos.

—¡Jonathan!

—¡Vuelve allá, estúpido! Pomeroy y Joan...

—Ha llegado el inspector. Ambos están con él.

—Lo siento... Habrá que llamar a los bomberos para rescatar lo que se pueda del cadáver de Reynolds.

—De acuerdo...

—Vamos allá.

Regresaron al callejón. Había bastante gente, que se movía cautamente en silencio. Langley estaba con dos agentes especiales, junto a Joan y a Pomeroy. Mientras Joan permanecía con expresión grave, serena, quizás excesivamente serena, Pomeroy gemía ante las miradas conmisericordias, asombradas también, de los hombres del F. B. I.

—

O'Neil,

los bomberos —dijo Jonathan.

—Sí...

—¿Ha muerto Reynolds? —musitó Joan.

—Sí. Y lo siento. Supongo, señor —dijo mirando al inspector—, que la entrada principal del negocio de Sanders está vigilada.

—Por supuesto.

—Bien..., entonces no tiene escape. Voy a entrar a buscarle.

—Y yo contigo. Vosotros meted a la muchacha y a Pomeroy en un coche... No. Ya llega la ambulancia. Los dos a la ambulancia. ¿Sabéis? Me gustaría enterarme de que están locos y que... esa forma de matar era producto de la locura. De no ser así..., Dios, sólo Dios, tendrá piedad de ellos.

—Vamos —dijo un agente especial.

Joan miró a Jonathan a los ojos en silencio.

—Vamos, Joan —dijo el federal que se ocupaba de ellos.

—Sí...

Joan echó a andar. Y Pomeroy. Toc-toc...

En aquel instante llegaba un agente especial corriendo en dirección al inspector Langley.

—¿Qué ocurre, Lorne? —inquirió el inspector.

—Pretendía salir por la puerta principal. Le hemos rechazado y ha retrocedido. Está armado, señor.

—Se suponía. Bien. Jonathan y yo entraremos por aquí. Vosotros, con precauciones, por la principal. No quiero más muertos, Lorne. Pero, claro, si alguien ha de caer, que sea él. ¿De acuerdo?

—Por completo, señor —sonrió Lorne secamente.

Y corrió a comunicar a los otros las instrucciones del inspector cuando ya llegaba la ambulancia y se detenía junto a Joan y Pomeroy y los federales de custodia. Otro estaba llamando a los bomberos. Tres de ellos, por otra parte, se disponían a entrar por la puerta principal, y Jonathan y el inspector, por la trastienda. En cuanto el inspector hizo una seña a Jonathan, éste, automática en mano, avanzó hacia aquella puerta.

Cerrada con llave, claro. Y Sanders dentro, sabiéndose acorralado. Entonces, lo mismo daba. Jonathan hizo tronar dos veces su pistola, y la cerradura saltó fácilmente. Luego la empujó con la punta del zapato, haciéndose a un lado, sin que se produjera reacción alguna. Y, sin más, saltó al oscuro interior de aquella especie de laberinto. Sanders o él; uno de los dos sería el más listo.

El inspector Langley, detrás de Jonathan, le cubría, aguzando la vista, tratando de hacer penetrar su mirada entre las sombras.

Un pasillo que se dividía en dos. Jonathan miró al inspector, y éste hizo un gesto, por lo cual Jonathan fue hacia la izquierda, mientras que el inspector tomaba la derecha.

Y ocurrió cinco segundos más tarde.

En el pasillo de la derecha se estaban oyendo las detonaciones de la automática del inspector Langley y los sordos estampidos de la pistola de Sanders, provista de silenciador. Jonathan sintió un escalofrío; retrocedió sin ruido hacia donde desembocaban los dos corredores. Y habían cesado los disparos.

Se oía una carrera.

Jonathan sonrió casi cruelmente mientras sudaba, sintiendo al mismo tiempo el pecho fuertemente oprimido. Si Sanders había matado al inspector...

Sanders; le vio la barba borrosamente.

Jonathan saltó sobre él.

Le agarró por el cuello, haciéndole una presa, y le volteó, lanzándole contra la pared.

Fue un choque escalofriante, seguido de un aullido. Sanders cayó al suelo tras el choque, perdiendo la pistola. Cuando quiso incorporarse, y sin tan siquiera haber visto a Jonathan, éste le pegó un tremendo puñetazo en el rostro, arqueando a Sanders. Luego le asestó otro golpe en el estómago, dejando a Sanders poco menos que convertido en un saco deshinchado, sin fuerzas, jadeante...

Dos bofetadas secas, violentísimas, le clavaron de espaldas contra la pared.

Y Jonathan, cegado por la ira, avanzaba hacia él, dispuesto a matarle a golpes.

—¡Jonathan...!

Era el inspector Langley. Éste sostenía una linterna, y la luz se derramó sobre el rostro tumefacto, convulso además, de Sanders, que temblaba, pegado a la pared. Jonathan soltó un suspiro. Depuso su actitud y empuñó de nuevo la automática, apuntando a Sanders, aunque casi no era necesario.

—¿Qué fue, señor? —inquirió.

—Me rozó la cabeza con una bala, supongo —gruñó Langley—. Noté que no podía sostenerme en pie...

Ya se veía el lado izquierdo de su rostro manchado de sangre.

—Vamos dentro, Sanders —dijo el inspector—. Considero prudente terminar lo empezado. Recoja todo el dinero producto de los robos, las joyas de la fiesta en la quinta del médico..., todo.

Sanders fue empujado por Jonathan. Caminaron. Instantes después, Sanders encendía la luz de su despacho de la trastienda. Los dos hombres del

F. B. I.

le miraron al rostro. Sanders no despegaba los labios; se sabía hundido. Todo había salido mal, incluida su desesperada reacción de enviar matones del barrio chino a matar... Todo inútil.

—Lo tengo todo en una caja fuerte detrás de ese cuadro —musitó.

—Pues muévase. Cuidado con lo que hace, Sanders.

No hizo nada.

Abrió la caja y extrajo fajos de billetes y joyas.

Todo lo dejaba sobre la mesa.

—Hay algo que no puede devolver, Sanders —dijo el inspector Langley—. Me refiero a siete vidas...

—Ocho contando la de Reynolds. Eso es lo que va a costarle caro.

—¡A Joan le gustaba matar! —estalló, histérico, Sanders.

—Tal vez. De todos modos, usted puso el arma y la oportunidad en sus manos. Por supuesto, no decido yo. Pero si así fuese, Sanders, usted probaría su medicina... Ya me entiende. ¿Dónde están los equipos que utilizaban Reynolds y Pomeroy?

—Ahí dentro.

—Sáquelo. Todo ha de ser utilizado como evidencia en el juicio.

Estaban llegando los agentes del

F. B. I.,

que habían entrado por la puerta principal. Todos en silencio. Todos miraban el rostro del inspector, lleno de sangre; pero sabían que la herida era superficial. Y Sanders sacó los equipos: los vestidos de cuero, la pierna de Pomeroy, el brazo de Reynolds...

—¿Cómo funcionaba la mano de Joan? —inquirió Jonathan—. Estoy seguro de que ella misma ignoraba el funcionamiento.

—Sí, claro... No es difícil —musitó Sanders—. Una de las cartucheras llevaba una lámpara chata de permatrón, un conmutador de energía accionado magnéticamente. En cualquier momento se liberaba la energía. Luego, en la otra cartuchera, una lámpara de tiratrón, transformadora de corriente continua en alterna... Ése es, a grandes rasgos, el dispositivo. Los dedos artificiales tenían pequeños poros, que permitían filtrarse las descargas, por lo que con un simple contacto Joan podía electrocutar. El cuero de los correajes y el interior de la mano contenían los cables, preparados para soportar altos voltajes, no utilizados, en realidad, pues bastaba la violencia de pequeñas descargas...

—Basta ya —gruñó Langley—. Está hablando como si se tratara de algo maravilloso. Y en realidad todo lo que sirve para el crimen es monstruoso. Andando, Sanders. También tendrá que explicar por qué embaucaba a infelices inadaptados.

—¡Ellos lo querían...! Yo les hablaba de una nueva personalidad. Una nueva vida, dinero, poder... ¡Aceptaron!

—Sí, claro... E incluso usted debía pensar que podía ampliar

ese... triste ejército... ¿No es eso?

—Tenía proyectos en ese sentido, sí —dijo con un brillo de locura en sus ojos Sanders—. La mayoría hubiesen aceptado de buen grado. Y jamás hubiese salido mal sin la venganza de Joan... Por supuesto, de haber anulado por esta vez el peligro, hubiese seleccionado mejor a mi gente, dando el poder de matar a personas más...

Jonathan, asqueado, gruñó:

—Basta...

Y de un bofetón tiró a Sanders en brazos de dos agentes especiales.

Luego Jonathan rezongó:

—Lo lamento. Lleváoslo.

Se lo llevaban en volandas, casi sin sentido a causa del tremendo bofetón.

Jonathan entonces miró al inspector.

—Es hora de que nos cuidemos de usted, señor.

—Sí... Además de una cura en la cabeza necesito un vomitivo, Jonathan. Tengo..., tengo las tripas revueltas.

—Lo comprendo, señor. Vamos.

El coche se puso en marcha. Aún no hacía diez minutos que se había celebrado el último y espectacular juicio de aquel caso. La sala donde se había celebrado estuvo abarrotada de gente y muchos periodistas, dispuestos a asaltar incluso la corte si no les satisfacía la Justicia federal.

Jonathan, en los asientos traseros, junto al inspector Langley, fumaba silencioso.

—¿Y bien, Jonathan? —inquirió Langley.

—¿Qué quiere que diga? —Gruñó Jonathan.

—Comprendo. Los quince años sobre Joan y Pomeroy...

—No soy quien para opinar, señor.

—Pero, diablos, tampoco somos máquinas, Jonathan... Estamos en nuestro derecho de calificar las cosas. ¿Te parece injusta la sentencia? ¿Suave, dura?

—No lo sé.

—Jonathan..., murieron siete inocentes. Y Sanders no podía pagarlo todo..., porque sólo tiene una vida. Después de todo, Sanders se lleva la peor parte. Ya has oído: el dos de marzo, a las

diez de la mañana, en

Sing-Sing,

ejecución en la silla eléctrica. No quiero que pienses mal de mí, Jonathan, pero me alegro. Me alegro, sí. Sanders, aunque la experiencia no le sirva de nada, sabrá lo que sintieron siete inocentes antes de morir. Silla eléctrica, su medicina. Y éste es el final de los asesinos eléctricos. Tres mutilados y un monstruo...

Jonathan miró a Langley; esbozó una desvaída sonrisa.

—Tiene razón —dijo.

—Entonces, tranquilo, ¿no?

—No he perdido la calma en ningún momento, señor.

—Está bien, diablos... Pero...

—Es inútil que trate de sonsacarme. Si quiere saber si siento algo hacia Joan, pregúntelo directamente. Y... no hace falta, porque voy a decírselo: compasión. Es exactamente lo mismo que siento hacia Pomeroy. Quizás aún más hacia éste.

—De acuerdo. Todo va bien entonces.

—Sí...

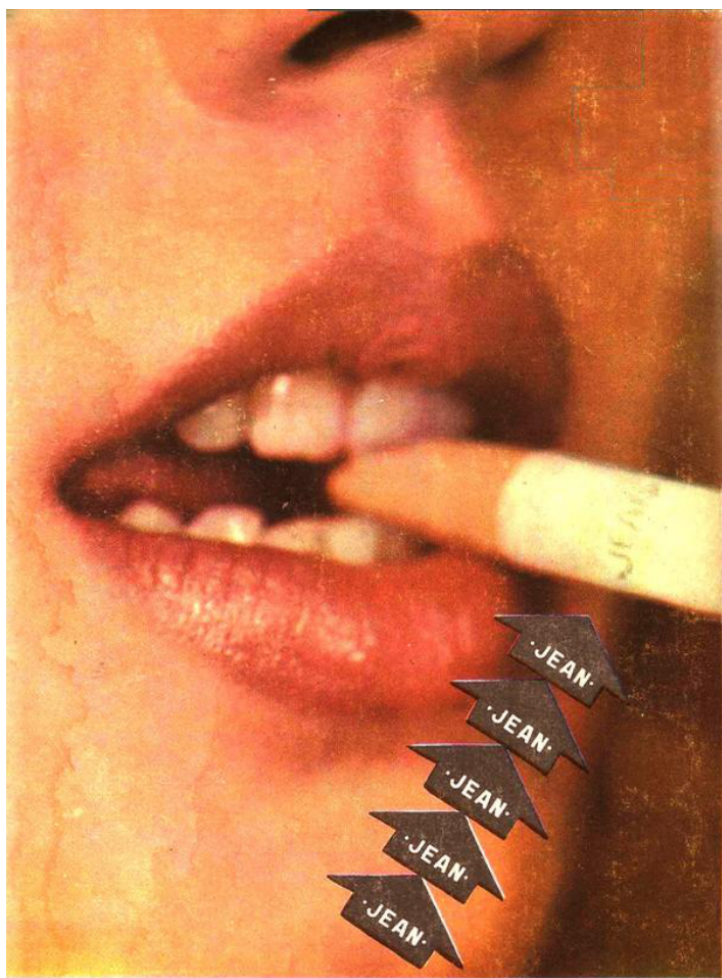
Fumando, Jonathan se recostó en el asiento. Se estremeció de pronto al recordar lo cerca que estuvieron de él los dedos de Joan...

Langley notó el estremecimiento.

—¿Te ocurre algo, Jonathan? —inquirió.

—Nada, señor —musitó el federal.

FIN





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 × Madrid-5

10
Ptas.

